

ediciones
al arco
15 años

Un 11 de Antología

3º Concurso Nacional de
Cuentos y Microcuentos de Fútbol
Roberto Santoro



Un 11 de Antología

3° Concurso Nacional de
Cuentos y Microcuentos de Fútbol
Roberto Santoro

ediciones
al arco

Un 11 de antología : ganadores del III : Concurso Nacional de Cuentos de Fútbol
Roberto Santoro / Facundo Báñez ... [et al.]. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires : Alarco Ediciones, 2018.

128 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-1367-75-7

1. Cuentos de Fútbol. I. Báñez, Facundo
CDD A863

Ediciones Al Arco: www.librosalarco.com.ar

e-mail: contacto@librosalarco.com.ar

Diseño de tapa e interior: Ana Paoletti.

e-mail: anapaoletti@gmail.com

Ilustración de tapa: Gustavi Damiani

e-mail: gustavodamiani68@gmail.com

Introducción

> La cantidad de participantes (casi 400) y la calidad de los trabajos recibidos ratifican el espíritu con que nació Ediciones Al Arco: abrir otro espacio para escritores/as (inéditos o no) y legitimar la literatura “fútbol-lera” como un género desde el que se puede decir mucho y bien.

Nos da mucho placer publicar “Un 11 de Antología” –que refiere tanto a los autores de los cuentos como a los de los microcuentos–: esta reunión de los ganadores del III Concurso Nacional de Cuentos de Fútbol Roberto J. Santoro le da forma final al homenaje.

El jurado, integrado por Ezequiel Fernández Moores, Ariel Scher, Gustavo Grabia, Eduardo Sacheri y Juan José Panno, seleccionó 11 cuentos y 11 microcuentos que, en conjunto, conforman un libro extraordinario, el tercero de los nacidos por el Concurso Roberto Santoro, después de “De Diez” y “Jugá Conmigo”.

Queda el agradecimiento a todos los que participaron, la felicitación reiterada a quienes fueron elegidos y la invitación a disfrutar de estas historias maravillosas que se suceden a continuación.

Ediciones Al Arco

El Edén de los campeonatos perdidos

Facundo Báñez

> No era un hombre de temores profundos. Los normales, o aún menos. A veces podía pensar en la muerte de un ser querido –no eran muchos- pero rara vez le preocupaba la suya. Tampoco tenía grandes miedos financieros o de índole médica. Lo único que en verdad le daba terror y zozobra enfermiza, lo único que sufría con sólo imaginarlo, era que el equipo con el que rivalizaba desde chico pudiera alguna vez, aunque fuera una, consagrarse campeón.

–Si ocurre –decía con una seriedad pasmosa– prefiero no estar en este mundo para verlo.

Se llamaba Tulio Berenz y era un hombre enjuto y con ojos de sapo. Tenía fama de miserable, haragán y putaño. De su padre no sólo había heredado un departamento sobre el eje fundacional del casco y un buen pasar de rentas, sino también –acaso con el brío que sólo se cultiva en la niñez–, su amor incondicional y pretérito por el club Estudiantes de La Plata.

A punto de llegar a los cincuenta y habiendo gozado campeonatos y superado odiseas, a Berenz, sin embargo, lo único que por entonces lo sumía en un pánico atroz era figurarse a Gimnasia y Esgrima, institución decana a la que nunca nombraba, coronada por primera vez con un título oficial.

El horror, el horror. O peor, qué mierda: el fin del mundo. Era para Tulio Berenz el fin del mundo.

–Tendrían que legalizar la eutanasia deportiva –sugirió una

vez, impertérrito-. Poder pasarte al otro lado antes de verlos campeones...

Su peor pesadilla había estado a punto de cumplirse una fría noche de junio del año 95, cuando el rival eterno debió jugar contra Independiente a tan sólo una victoria de ser campeón. Aquella vez, aterrado, planificó huir de la ciudad para no presenciar ni escuchar posibles festejos.

Si tengo que vivirlo, razonó, lo más sabio es vivirlo lejos.

Consultó refugios que iban desde Mar del Plata hasta Punta Indio pero de todas las posibilidades, con sus ventajas y desventajas cada una, la elegida le llegó de una invitación acaso profética: ver el partido en la casa de su viejo amigo Alfredo Corvalán, escondida en una zona rural de Villa Elisa a la que muy pocos conocían.

Dos o tres eran las veces que había estado en lo de Corvalán, hacía ya tantos años que parecían de otra vida, pero cuando la visitó en aquel atardecer de junio la recordó como si nunca en realidad la hubiese dejado de ver.

Era una casona estilo Tudor con un monte de sauces en el parque que se alzaba sobre una lomada, al final de un bosque de lapachos amarillos. Para llegar había que atravesar un sendero de piedras que subía desde el camino principal, el único asfaltado en la zona, hasta el imponente portón de la entrada. Su anfitrión, al que hacía tiempo tampoco veía, era un cardiólogo viudo y jubilado que había llegado a dar clases como profesor emérito en la Universidad de Madrid y que, aunque fuera nacido y criado en estas tierras, tenía debilidad por la pronunciación ibérica. Usaba el bigote a lo Dalí y compartía con Berenz un pasado en las aulas del Colegio Nacional y el fanatismo fraterno por la divisa pincharrata.

—A que se les frunce el upite como un mandril —vaticinó aquella vez, con los ojos fijos en la pantalla de la tele.

El aplomo diplomático y festivo del dueño de casa era lo opuesto

a la gesticulación posesa que descargaba Berenz ante cada jugada.

–Tranquilo, hombre –le decía Corvalán–. Tranquilo que esto ya está escrito.

Cuando el gol de Independiente llegó, pocos minutos antes de que terminara el primer tiempo, Berenz se desahogó con un grito de furia y salió a correr por el jardín y a dar vueltas alrededor de los sauces hasta quedar agotado.

–Ya está, ya está... –fue lo único que pudo decir después, en un soliloquio perplejo-. Ya pasó todo...

Aquella noche de junio, grabada en la retina de Tulio Berenz como una de sus noches más felices, los viejos compañeros de clase descorcharon una botella de Ángelica Zapata y se la bajaron de cara al cielo brumoso que se escurría entre los árboles. Fue el principio. El principio de puntuales, desesperados y emotivos encuentros que se repitieron a medida que el destino deportivo –que era decir el destino de Berenz y su infortunado rival– así lo pedía.

Un año después el llamado de Corvalán los volvió a reunir para evitar otro desastre. Luego, al poco tiempo y en el mismo lugar, celebraron una derrota contra Talleres de Córdoba que aseguró el tercer subcampeonato y repitieron la costumbre y su desenlace recién a los dos o tres años.

Tulio Berenz recordaba cada uno de esos momentos como sopores de dicha y sortilegio. Y en ellos pensaba –tal vez también en los sauces del parque o en la gracia en que lo sumía aquella casa– cuando, tres años después del último encuentro, hacia fines de 2005, las victorias de su rival volvieron a oscurecer el horizonte deportivo –que era decir todos los horizontes– y de Corvalán, sin embargo, hasta el momento no había sabido nada.

¿Y por qué carajo no llama?, se preguntaba Berenz. Nunca era él quien tomaba la iniciativa y quería respetar la costumbre. Pero, ¿y si esta vez se les daba? ¿Y si el destino, al final, le tenía reservado el

horror? Esperó que lo llamara antes del partido con River y repitió la espera al partido siguiente, pero los días pasaron y el llamado nunca llegó. Era raro. Faltaba una fecha y podían ser campeones en cancha de Banfield, pero de Corvalán, hasta el momento, nada.

El día anterior al partido, consumido por la ansiedad, llamó al fin a un número de celular que su viejo compañero de clase alguna vez le había dado. La respuesta fue inmediata: oyó su voz al otro lado de la línea y respiró aliviado, pero el alivio se disipó en el acto ni bien Corvalán informó que esta vez no habría reunión en su casa.

—Si te parece —le aclaró—, podemos verlo en otro lado.

Estaba sentado en su living pero le pareció que flotaba en otra parte. No entendía. En ese instante un trueno retumbó a lo lejos y no supo si era de verdad o su pura imaginación.

—¿Cómo que no vamos a poder? —preguntó al fin—. ¿Por qué no vamos poder...?

—Pues porque vendí la casa, hombre. La vendí y estoy mudado hace rato.

Se quedó helado. Intentó levantarse de la silla pero lo frenó el mareo. Le temblaban las piernas. Volvió a sentarse y trató de entender:

—¿Vendiste la casa? ¿Vendiste la casa y no me dijiste nada?

El otro le contestó que nunca se veían y le recordó que sólo se hablaban para ver partidos de fútbol.

—Justamente —aleccionó Berenz, adoptando un tono que no se sabía si era de desconcierto, rabia o desprecio—. Para lo único que hablamos es para juntarnos en tu casa a ver un partido y a vos se te ocurre venderla. Ahora, justo ahora que pueden ser campeones.

Corvalán emitió algo parecido a una risa y le detalló que había vendido la casa hacía ya dos años al hijo de un matrimonio amigo, un joven recién casado al que le iba muy bien con las computadoras. O con algo parecido. Le pidió además que no se preocupara porque era imposible que Gimnasia y Esgrima saliera campeón, ya

estaba escrito, y le repitió que podían ver el juego en su nueva casa del centro.

Tulio Berenz, aferrado al teléfono, meditó en silencio un larguísimo rato y, en lo que pudo ser un atisbo de lucidez o un simple desvarío, le despachó que tenía que estar en la casa de Villa Elisa cuando se jugara el partido aunque fuera lo último que hiciera. Tengo que ir. Le dijo también que en esa casa —y en ninguna otra, remarcó— la institución decana a la que no se nombraba tenía impedido coronarse campeona.

—Es como un lugar sagrado —intentó explicar, sin ánimo de ahondar en la cuestión—. Avisá que voy mañana y deciles que me conformo con estar en el parque. Son dos horas nada más. Sin molestar a nadie. Por favor te pido.

Corvalán creyó que había cruzado la línea pero igual aceptó. Y al otro día, tal como lo había pedido, Tulio Berenz llegó a Villa Elisa y se anunció en la casona una hora antes del partido. En el portón lo recibió un flacucho de cara pequinesa y sonrisa fingida.

—Alfredo me dijo que iba a venir —saludó el nuevo dueño—. ¿Es por una cábala, no?

Berenz expuso que sólo necesitaba estar allí dos horas y que no molestaría a nadie. El otro se encogió de hombros como si aquello significara algo y lo hizo pasar. Le dijo que estaba con su mujer y con su suegra. También que a ninguno de su familia le importaba el fútbol, y que si quería mirar el partido adentro no había problema.

—Muy amable —agradeció Berenz—. Con estar afuera me alcanza.

El lugar lucía como la última vez que lo había visitado. El monte de sauces, a un costado, mantenía la paz y el equilibrio y figuraba a esa hora un encuadre de santísima perfección.

Dos mujeres salieron de la casona y se acercaron. Una era una señora mayor con porte de matrona y la otra, más joven, una pelirro-

ja pecosa y retacona que aupaba a dos bebés. El hombre pequinés se hizo cargo de la presentación:

—Mi mujer, Marisa, y su madre Amelia. Y ellos son los melli: Ramón y Juan.

A Berenz nunca le habían gustado las criaturas pero disimuló y les hizo un par de morisquetas que no obtuvieron respuesta. La mujer más joven lo saludó con una expresión canina similar a la de su marido y, a cuento de nada, le aseguró que lo peor de parir mellizos era que nunca tenía fin: si uno dormía el otro lloraba y si uno pedía teta el otro se cagaba.

Berenz no supo qué decir: lo único que quería era ponerse bajo uno de esos árboles sacrosantos y escuchar el partido. Miró a la señora y le estrechó la mano con aire nervioso y cordial, consciente de que ya estaba en hora. La mujer devolvió el saludo sin ganas:

—¿Así que usted viene para escuchar un partido de fútbol?

Berenz percibió el filo de la pregunta en toda su intensidad pero no se acobardó. Al contrario: se disculpó y aclaró con fingida indolencia que se quedaría en el jardín nada más que dos horitas. O menos.

Ni al hombre pequinés ni a su mujer parecía importarles. Menos a los bebés que se babeaban y lo ignoraban por duplicado. Pero a ella, la suegra, todo le supuraba desconfianza y una vez adentro de la casa, ya iniciado el partido, se quedó de pie frente a la ventana vigilando cada paso que daba el visitante.

Afuera, en el monte de sauces, Berenz caminaba en círculos con los auriculares puestos e iba mutando la expresión según lo que oía de la radio. Por momentos cerraba los ojos para ahuyentar el peligro. Se frenaba. Daba espasmos. Retomaba el paso y murmuraba algo como en estado de trance. Y cada vez que había un ataque o una chance de gol, para el lado que fuese, el centro de gravedad se le desplazaba del hígado a la cabeza y lo punzaba por dentro hasta hacerlo convulsionar otra vez.

—¿Será de confiar? —preguntó la suegra, sin apartarse un instante de la ventana—. No parece muy normal: da vueltas. Y se sacude. ¿Por qué se sacude?

—Escucha fútbol, Amelia —la calmó su yerno, sentado a la mesa con su esposa y los nenes—. Me dijo Alfredo que es muy fanático.

—Retardado —opinó ella, con los ojos fijos en el monte—. Yo diría más bien que es retardado. Y no me creo que nadie pueda ser tan retardado...

Desde la ventana lo podía ver: ahora agitaba la cabeza y movía los brazos como en una danza ritual. Pero no era una danza lo que hacía Berenz: era sufrir y ayudar al destino. Era protegerse. De pronto oyó un gol maldito y quedó paralizado y se le aflojaron las piernas, pero al instante llegó el empate salvador de Banfield y retomó el círculo hasta el último segundo de juego. Al final, consumado un nuevo y sufrido subcampeonato, dio unos pasos torpes, se arrodilló haciendo un esfuerzo supremo y apoyó las manos en el pasto como si fuera a besarlo, pero se mantuvo así, sereno y receptivo, y sintió de un relámpago que ese lugar en el mapa era su destino de salvación y el de nadie más. Fue un segundo, pero en ese segundo supo que el día había llegado. Si alguna vez, hacía ya diez años, creyó que sólo se trataba de escapar del horror y refugiarse en el sosiego de aquel vergel, en su aire místico, ahora, rendido y feliz, sabía que era más profundo y que se trataba de echar raíces para siempre. Era su Tierra Prometida. Su Edén. Suyo y de nadie más. Y supo así, en otro raptó de lucidez o desvarío esotérico, lo que debía cambiar para que las cosas nunca cambiaran.

—Parece que le dio un infarto —informó la suegra, inmutable—. O por ahí se está cagando. O miente. Lo más probable es que mienta...

El dueño de casa miró a su mujer y se acercaron con los bebés a la ventana. Era cierto: el visitante había levantado las rodillas del pasto pero seguía en cuclillas y sumido en un balanceo impercep-

tible. Lo contemplaron largo rato sin decir palabra y, mientras la tarde caía, ya con las luces de afuera encendidas, lo vieron incorporarse poco a poco, como si se desperezara, y ponerse a caminar hacia ellos con expresión triunfal.

Al abrir la puerta se encontraron con un hombre exultante y rejuvenecido que no se parecía en nada al que habían visto dos horas atrás.

—¿Está bien? —preguntó el joven, influenciado por el recelo de su suegra—. Pensamos que se había descompuesto.

Berenz ladeó la cabeza como si hubiera escuchado una broma.

—Por favor, no... —atinó a decir—. Estoy perfecto.

La suegra dio un paso al frente y lo miró de arriba abajo, severa:

—¿Usted nos quiere hacer creer que vino sólo para escuchar un partido de fútbol?

Berenz hizo una mueca pero no respondió. Ella se cruzó de brazos y lo midió con renovada altanería.

—No me lo creo —le soltó—. Diga a qué vino y por qué se sacudía.

—Mamá... —se metió la hija, pero su madre la fulminó de una sola mirada y en el acto hizo silencio. Incluso las criaturas enmudecieron.

—Diga qué quiere —siguió ella—. Nadie se sacude por un partido de fútbol.

—Tranquila, Amelia —intercedió el yerno, y se volvió hacia Berenz intentando recomponer el asunto—. Por favor, mi suegra no entiende mucho de fútbol ni de cábalas. Por favor, trate de explicarle...

—Nada de fútbol —insistió la mujer—. Diga por qué vino.

Berenz alzó entonces las cejas y adoptó un gesto de sabiduría y comprensión extrema.

—La señora tiene razón —les dijo—. Estoy acá por otra cosa: algo que depende de ustedes.

Se miraron entre ellos y volvieron a fijarse en él, desconcertados.

—¿De nosotros? —preguntó el dueño de casa.

— De ustedes —confirmó Berenz, muy resuelto—. Si me permiten entrar se los explico.

Ninguno dijo nada. Se volvieron a mirar. La suegra pareció recapitular algo en silencio pero al fin, más dispuesta, se hizo a un lado y dejó que el visitante pasara.

Cuando Berenz entró, la emoción fue instantánea y le confirmó que hacía lo correcto. Contempló el salón donde tanto había sufrido y gozado, los muebles nuevos, la araña que aún colgaba del techo en forma de animal muerto, y fue a sentarse a un sillón retapizado en escocés que mantenía su posición original frente al televisor. La familia lo siguió y se quedó de pie, esperando. Entonces, ya listo, abrió los ojos como un enajenado y se los dijo. De un tirón se los dijo. <

Ídolo

Carlos Mayda

> El DT me dijo: patealo vos. El destino le pone candados herrumbrados a puertas que uno no quisiera abrir nunca. Yo no quería patearlo. No era por miedo. Créanme. Es que el arquero al que debía fusilar era mi ídolo. Lo fue desde que era pibe y el viejo me llevaba a la cancha. Era un arquero. Desafiaba la ley de la gravedad en sus voladas. Tardaba en volver: a la pelota la convertía en ala. Lo miré y pensé en hacérsela fácil y no pude. Él no merecía esa pobre ofrenda. Se la puse en el ángulo. Lo vi volar, pero ya estaba viejo. Llegó tarde. Me abrazaron y revolcaron. Después me hice el lesionado y me fui derecho al vestuario. Apreté fuerte los ojos. <

Formación

Miriam Cabral

> Sonrió mirando a través del vidrio del vaso de vino. Y la vio ir y venir entre los platos y cubiertos de la cena.

Tenía puesto un vestido liviano, de colores fuertes como ella. “Fuerte de caderas...” recordó que decía una canción de la época de sus viejos.

Volvió a sonreír porque se imaginó casi todo lo que venía. Pero no todo.

Ella se acomodó el pelo que le molestaba para seguir lavando, sin decir palabra, levantando las manos y arreglándose el cabello en un rodete desmarañado y maravilloso, el silencio era agradable y presagiador.

Como si fuese el mejor director técnico del planeta eligió con cuidado la jugada, paladeando cada palabra que iba a decir. Y comenzó con la formación de Huracán del '73: Roganti, Chabay, Buglione, Basile, Carrascosa, Brindisi, Russo, Babington, Larrosa, Houseman y Avallay.

Ella se quedó quieta instantáneamente, congelada. Él, sin moverse ni un milímetro, vio como estiraba en un solo movimiento su espalda de gata, y todavía no escuchó ningún sonido.

Arrancó con Racing del '66: Cejas, Basile, Perfumo, Martín, Chabay, Rulli, Cardozo, Maschio, Cárdenas, Rodríguez y Raffo.

Entonces la vio darse vuelta y mirarlo, mirarlo seriamente y tuvo la extraña sensación de ser el poseedor de un tigre, o una pante-

ra, o cualquier felino de porte, a punto de saltar y sin embargo tomándose su tiempo, porque tiene claro quién domina ampliamente el campo de juego.

Fascinado la miró mientras comenzaba a desabrocharse el vestido, abotonado por delante, con una letanía el Estudiantes del '68: Poletti, Malbernat, Aguirre Suárez, Madero y Medina, Bilardo, Pachamé, Togneri, Ribaudó, Conigliaro y Verón. Con cada jugador la mano de ella se movía morosa y segura.

Era un dulcísimo sufrimiento contemplarla, y la erección era firme como lo eran todavía sus tetas bajo el vestido, lo abrió dejándole ver su cuerpo, su piel, el tragó saliva sentado como una estatua, ya sin el vaso de vino. Tratando de pensar qué equipo iba a continuar diciéndole, tratando de pensar de cualquier modo, mientras ella se acariciaba el contorno de los pechos.

Entonces hizo un movimiento inesperado, caminó hacia el baño, entró y se paró frente al espejo con el vestido abierto, su corpiño y bombacha eran negros. Él, que la había seguido como un perro, se dio cuenta que nunca se los había visto puestos. Se paró detrás de ella sin tocarla, solo oliéndola.

Ella tomó una toalla, la mojó y empezó a moverla despacio sobre su cuello, mientras lo miraba por el espejo. No pudo más y la agarró de las caderas como si fuera lo único que quedara de un naufragio. Ninguno de los dos escuchaba los ruidos de la calle, solo se miraban reflejados el uno tras la otra. Pronunció en voz muy grave y muy baja el Boca del '76 mientras se acercaba a su cuello para mordelo, como sabía que la volvía loca, y la escuchó gemir bajito. La técnica se repetía, cada jugador era un mordisco o un beso: Gatti, Pernía, Sá, Mouzo, Tarantini, Suñé, Benitez, Ribolzi, Felman, Mastrángelo y Pavón.

Ella lo agarró de las caderas, y lo apretó contra su culo vasto. Cuando lo sintió apoyado, duro como una piedra, su suspiro se hizo

enorme y dejó escapar el aire como si no le quedara nada adentro. La fue recorriendo, separándose y juntándose a ese cuerpo que empezaba a transpirar y despedía el olor a hembra que lo enloquecía. Hundió su nariz en su espalda para olisquearla aún más y dijo: Barisio, Gómez, Cúper, Roccia, Garré, Arregui, Saccardi, Giménez, Mársico, Juárez, y Cañete. Y el Ferro del '82 pareció explotar dentro del baño, evaporarse entre los gemidos de ella.

La dio vuelta violentamente y la besó en la boca, sorbiéndose sus labios, chupándole la lengua, se entregó a su boca y ella lo peleó, le presentó batalla con su lengua inflamada en la que todavía se podía recordar el sabor del tinto de la sobremesa. Se comieron a golpes de bocas y sus dientes chocaron con furia y algo de dolor.

Y San Lorenzo del '64, los carasucias irrumpieron, salieron de sus labios mientras la besaba y la apretaba como si le faltara experiencia, manoseándola y oyéndola reírse loca de placer, y escuchar Irusta, Gramari, Albretch, Páez, Telch, Magliolo, Doval, Rendo, Areán, Veira y Casa.

Los breteles habían caído y él recuperando la cordura desabrochó el corpiño y sus tetas le pesaron en las manos, gentiles.

Se sintió un chico perdido entre esos pechos, y los disfrutó de todas las maneras que se le ocurrieron, mientras su mano se perdía entre las piernas de la mujer. Entonces ella le levantó la cabeza, lo miró y le ordenó.

“Vení”.

Camaron hacia el dormitorio y ella se sentó en la cama. Pero la tiró hacia atrás y fue llevándola hacia la cabecera. Se desnudó a los manotazos y se puso de costado a su lado, la miró a los ojos sabiendo lo que quería.

Tocó con un solo dedo el elástico de la bombacha y lo levantó como si fuera un gesto nuevo. Vio bajo la tela oscura su vello y lo excitó todavía más, ella lo agarró de la cabeza, tirándole del pelo y le

dio un beso que lo dejó con la respiración agitada. Le fue sacando la bombacha mientras ella la empujaba con los pies...

Lo atajó de nuevo en su boca, haciendo un gran esfuerzo postergando el momento, lo besó pasando su lengua lentamente por la comisura de sus labios, apretando entre sus dientes pequeños su boca, mordiéndolo dulcemente. Él perdió la poca cordura que le quedaba y bajó por el cuerpo de ella, lamiendo sus pezones, su panza, sorbiéndose sus caderas y sus muslos con deleite.

Y abajo donde empieza la maravilla decididamente la tocó, la besó y la chupó, empalagándose de su dulzor, ella abrió, cerró las piernas, inquieta y bajo la boca de él ya completamente loca nuevamente se abrió y se ofreció completa.

Levantó la cabeza para mirarla gozar y le dijo en un susurro “¡Ahora te toca a vos!” Entonces la letanía pasó a ser de ella y comenzó a pronunciar nombres encadenadamente, uno a uno. Dijo sin titubeos el equipo de sus sueños, los once mejores hombres en el puesto perfecto, según ella lo entendía.

Sus gemidos eran cada vez más roncós y empezó a murmurar: Carrizo, Perfumo, Passarella. Tomó aire, lo sintió allí abajo metido en ella, y siguió: Tarantini, Marzolini. Pegó un grito ante la invasión de la lengua de él y haciendo un esfuerzo siguió: Redondo, Brindisi, Houseman, Maradona, Messi y Kempes.

Entonces el placer de lo que sentía, asociado a lo que estaba imaginando la llevaron a acabar en un grito gutural y profundo que lo volvió completamente loco.

La acarició mirando sus ojos brillantes y enloquecidos y se acunó en sus tetas. Las sintió duras y le pareció que eran unas tetas de bienvenida, las de siempre y nuevas a la vez, ella lo dio vuelta y lo puso contra el colchón, se sentó en su abdomen y fue corriéndose hacia atrás, le pidió con voz de gata – “¡Cojéme”!

Y él cumplió con lo que le pedía, la sostuvo de las caderas y

se fundió a su cuerpo con toda el alma, en un movimiento de vaivén sostenido y sincronizado que parecía un baile primitivo y lo era.

Mientras se afanaba en complacerla le recitaba el River de la Máquina: Soriano, Vagui, Yácono, Rodolfi, Ramos, Ferreira, Muñoz, Moreno, Pedernera, Labruna y Loustau.

La excitación de ella creció todavía más y llegó lo que él estaba esperando. En un murmullo entre suplicante e imperativo le dijo: “Ahora, decímelo una vez más”.

El la movió de lugar, se puso sobre ella y levantó en alto sus piernas como si fueran un arco invertido y comenzó a bombear y a recordar el relato de Víctor Hugo: “¡La va a tocar para Diego, ahí la tiene Maradona, lo marcan dos, pisa la pelota Maradona, arranca por la derecha el genio del futbol mundial, y deja el tercero y va a tocar para Burruchaga. Siempre Maradona. ¡Genio! ¡Genio! ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta y ¡Gooooo!...¡Gooooo! ¡Argentina 2- Inglaterra 0!”.

Y en el brutal y maravilloso placer más perfecto fueron uno solo, la misma pasión, la misma fuerza, la misma entrega, el mismo desahogo, el amor, el fútbol. <

Mala pata

Sergio Agoff

< Tarde soleada. Fresquito. Multitud. Cantos y alegría desbordante.
De repente, murmullo.
Se da vuelta desesperado y corre. Expectativa.
Trastabilla, derrapa con los pies hacia delante. Justo allí pega la
pelota.
Silencio. >

El último partido

Juan Umazano

> La canchita era totalmente distinta a todas. Estaba adentro de un monte de eucaliptus grandes que habían sido plantados para hacer leña. Entre un eucaliptus y otro, habría no menos de cinco o seis metros. Los pobres árboles, para poder respirar, habían crecido mirando al cielo. Y como el monte era cuadrado, en la última fila —la que daba al lado norte y también la otra, la del lado sur— estaban los dos eucaliptus que formaban los arcos.

La imaginación de los que jugaban en esa cancha le había dado un sentido práctico a esa singularidad. La verdad, a nosotros nos parecía estúpido jugar en una cancha así. Ni siquiera se nos había ocurrido que un día veríamos, en ese lugar, un partido de fútbol. Pero ellos vinieron a hablar, lo plantearon con mucha humildad y nos convencieron. Era un jueves; quedamos para el lunes de la otra semana.

Después nos acordamos de que mientras programábamos el partido habían demostrado cierta urgencia. Lo querían jugar antes del martes siguiente. Tampoco era cuestión de preguntar mucho, no fueran a pensar que les teníamos miedo. Eso es lo primero que se piensa en el fútbol cuando se pone alguna excusa. Si querían ese día y a esa hora, jugaríamos ese día y a esa hora. También estaba la otra: a lo mejor el fin de semana no podían armar el equipo.

Ese lunes, cuando llegamos, nos estaban esperando.

Uno de ellos, el Rubio, dijo:

—Nosotros somos siete.

—Nosotros, también. Pero tenemos tres suplentes —aclaré, medio agrandado.

El Rubio miró a sus compañeros y estos levantaron los hombros como diciendo qué nos importa. Después nos miró a nosotros y dijo:

—No hay problema, pueden jugar los diez. Elijan arco —cerró el Rubio, que parecía el capitán.

El sol picaba, pero los eucaliptos tendían su sombra por casi toda la cancha.

—Nos da lo mismo —dije. No había viento y el sol no molestaba la visión.

—Saquen ustedes —dijo el Rubio.

Cada uno se puso en su puesto y colocamos la pelota.

Cuando estábamos por mover, de los siete que eran desaparecieron cuatro. Enseguida, se borraron los otros tres. Quedamos solos con la pelota, frente a los eucaliptos.

El Tito nos recorrió con la mirada de arriba abajo mientras juntaba las cinco yemas de los dedos como preguntando: ¿y esto, cómo se manya? Un susurro extraño bajaba de las copas. Miramos el campo de ellos; las plantas parecían ocupar los puestos de los jugadores y decirnos: somos la entrada a un castillo de fantasmas.

Nos habían desafiado y caímos como la manzana de Newton.

A los pocos minutos nos dimos cuenta de que ignoraban nuestra ubicación. No les importaba. Cuando teníamos la pelota, los troncos escondían a nuestros adversarios que salían de sorpresa y nos la robaban. En un momento fue todo tan veloz que los árboles parecían moverse. El tiempo se nos iba en buscarlos detrás de esos jugadores de madera. Cuando terminábamos de hacerlo, buscábamos detrás de otro, pero no había nadie.

Como girábamos en todas las direcciones perdimos la orientación, parecíamos muñequitos de cuerda. En un momento, la pelota pasó cerca, le di un zapatazo creyendo que hacía el gol y casi lo hago en

contra. Menos mal que el arquero nuestro estaba atento. Miré al de ellos: tenía los brazos en jarra y masticaba despreocupado un chicle. Dio un silbido y aparecieron todos poniendo cara de boludos.

Parados al lado de tantos árboles parecían el doble de los que eran. Uno le dio a la pelota con tanta fuerza que se perdió con ella entre la copa de los árboles. Después de un momento, bajó de rama en rama, como Tarzán por las lianas, y a mí, que había levantado la vista para seguirla, me mareó el temblor de las hojas. Sacudí la cabeza igual que los boxeadores cuando tratan de despejarse.

Mis compañeros estaban como yo, desorientados. Entonces, nos pedimos concentración, atención. Tener la mente fría y los pies calientes.

Después que la pelota bajara suavemente por la rama, rodó hasta los pies del Salame, que era un flaco encorvado. El Salame se la pasó al Rubio, como de memoria, que justo se estaba atando el cordón de un botín, y la pelota le dio en la mano:

—¡Mano! —dijo.

Se penalizó solo.

Primero no les había importado que entráramos los diez, y ahora reemplazaban al referí autosancionándose.

Como no podía ejecutar un tiro libre porque tres troncos me tapaban el arco, se la pasé al Vasquito, que la esperaba, pero apareció de golpe un petiso robusto, la robó y se la dio a otro —le decían Zapatilla—, que se escondió con ella.

El partido se detuvo algunos segundos con un suspenso dramático. Otra vez estábamos solos. Sin nadie enfrente.

De pronto, empezamos a escuchar una risita en falsete, burlesca. Se oía cerca del arco de ellos, después a nuestras espaldas, después a la derecha, a la izquierda. Parecía un juego mecánico que alguien manejaba con mucha velocidad. Se nos estaban cagando de risa. El Negrito, al que parecían sobrarle dientes, apareció sonriendo y dando un grito. Para mí, un tronco se hizo a un lado para no moles-

tarlo y que se llevara la pelota. Pero el Negrito no llevaba nada, hacía pantomima. La dominaba de taquito, con la cabeza, la hacía rodar por los hombros. Los eucaliptus lo miraban. Festejaban. De repente corrió y se ocultó detrás del eucaliptus que estaba a mi derecha. Esperamos que apareciera del otro lado. Eso nos distrajo. Entonces el Salame pasó en sentido contrario, hacia donde estaba escondido el jugador con la pelota, y se la llevó. Fue un gol imparable. El partido era para nosotros pura sorpresa.

Sacamos desde el centro, porque nosotros seguíamos respetando el reglamento aunque de repente no supiéramos dónde estaba la pelota ni dónde estaban ellos.

Cuando quisimos acordar, uno al que le decían El Taco apuntó hacia nuestro arco y le pegó de rastrón. Nuestro arquero la siguió con la vista porque iba afuera, pero rozó en el tronco cercano, acarició el eucaliptus que hacía de poste y después de esa carambola entró como un pase a la red. El hijo de puta fanfarroneaba, se hacía que le ponía tiza al dedo grande que le asomaba por el botín roto.

Escuchamos la hinchada, gritaban el gol como desde una radio, y al instante entró gente a la cancha a festejar con ellos: saltaban, levantaban los brazos, cantaban. Dos se pusieron a bailar un tango, y el que hacía de hombre le tocaba el culo al que hacía de mina. ¡Cómo se reían!

Cuando pusimos la pelota en el centro, para sacar, no había nadie frente a nosotros. Comenzaron a cantar: "Ronda, ronda, el que no se escondió que no se esconda". Ahí nos embroncamos. Veníamos a jugar al fútbol, no a las escondidas. Se dieron cuenta de que nos estábamos calentando. Se asomaron, hicieron gestos de disculpas, no querían que nos lo tomáramos así.

Esos movimientos eran el resultado de una práctica. Estaban aceitados. Nosotros nos mirábamos como pavos; jugábamos contra unos eucaliptus y perdíamos.

Ya no sabíamos qué decir ni qué hacer. En un momento, miré a mis compañeros. Todos con las manos sobre las rodillas, la espalda doblada, un poco para respirar y otro para pensar qué mierda estaba sucediendo.

—Saquemos rápido —les pedí, seguro como un general en una batalla— No dejemos que se ubiquen —les ordené, mientras sentía que una saliva ácida me llenaba la boca. Escupí.

Sacamos hacia atrás. Yo no estaba en condiciones de recibirla, por lo tanto ni intenté tocarla. Llegó uno de ellos, la acarició y se fue llevándola por el corredor que tenía el montecito en el medio. Se vinieron en tropilla, parecían una manifestación por un zaguán. Como la pelota iba escondida entre muchas piernas, el Sapo no pudo hacer nada y ellos metieron el gol todos juntos. Tomados de las manos armaron una ronda alrededor de un tronco. Y cantaban:

“Así matan Los Madera / así matan Los Madera”.

En ese momento se detuvo un camión al lado de la canchita. Dio una acelerada que llenó de humo el barrio entero.

—¡Eh! —les gritó el Rubio.

—Tenemos orden —dijo el camionero por la ventanilla.

—Lo sabemos. Pero queremos terminar el partido.

—Demasiado jugaron ya —dijo uno con gorro de pintor. Tendría unos cuarenta años, le faltaban dientes y sostenía pegado un pucho en el labio.

A nosotros nos venía bien ese pequeño descanso.

—Por qué no para el faso, maestro —le dijo el Rubio. Más que una pregunta era un reproche.

—Es un vicio —dijo con resignación.

Por cómo se trataban, no nos quedaron dudas de que se conocían.

Se acercó el Salame al camión, y miró adentro de la caja.

—¡¡Eh!!! Y trajeron las herramientas —se escandalizó.

—Son órdenes —repitió el que manejaba el camión mientras bajaba y después subía a la caja para ayudarlo al del gorro a descargar las herramientas.

—¡Ni loco! —dijo el Rubio.

—¡Ni en pedo! —gritó el Salame.

—¿Qué? ¿Se le chifló el moño al intendente? —dijo el Negrito dientudo poniéndose el dedo en la sien y moviéndolo como si ajustara un tornillo.

—Todavía no terminamos —aclaró el Chapa.

Se miraban entre ellos unidos por un sentimiento común. Como que no se resignaban a lo que sucedería.

—Serían arboricidas si lo hacen. ¿Cómo van a cortar estos eucaliptus? —preguntó otro.

—¿Cómo? Con esto —Y el del gorro sacó una motosierra de entre las herramientas y la mostró.

—Dígame, jefe, ¿quiere que le hagamos un piquete? —gritó alguien que estaba al lado mío.

—Vos debés de ser hinch de Boca.

—Y usted de River.

Pero el hombre era mayor que todos nosotros y quería ablandar la cosa. Desvalorizaba el planteo, medio como llevándolo hacia el humor.

En realidad, lo que ellos querían era cumplir con la ordenanza municipal porque eran empleados. Ese terreno había sido expropiado por la municipalidad y levantarían una escuela. Lo habían usurpado, hacía varios años, unos vivos que querían vender la madera, explicó.

El camionero se bajó y caminó sin quitarnos la mirada de encima.

—Yo también jugué en esta cancha. Claro, en esa época estos jugadores de madera eran más pequeños. Estaban en las inferiores. —Y los ojos se le llenaron de recuerdos. Enseguida cambió, como llamado por la realidad y la resignación—: ¡Qué le vamos a hacer! Nace-

mos, crecemos, nos ponemos grandes y después llegamos a viejos.

Sopló una brisa y se escuchó un murmullo de hojas despidiéndose.

El hombre subió al camión y dijo, apenas asomando la cabeza por la ventanilla:

—La verdad, creíamos que no había nadie.

—A nosotros nos dijeron que vendrían el martes —aclaró el Rubio.

—Está bien. Si les dijeron el martes, venimos el martes.

Se fueron con el humo del escape y el ruido del camión.

Nos miramos entre nosotros, sin entender.

El ocaso dejaba una cortina de franjas negras y amarillas en el piso de la cancha.

Después, nos dijeron que ellos sabían que los sacarían. Y que los iban a extrañar porque en verano jugaban a la sombra y en el invierno al reparo. Habían practicado mucho para construir esas paredes con las que nos habían dado un lindo baile. Se habían hecho malabaristas con los pies. Los troncos estaban descascarados; parecían haber llevado la pelota con el pecho y con los pies durante muchos años. Ahora, en canchas normales, deberían aprender a jugar en zona y marcar hombre a hombre. Acostumbrarse a la gramilla, al viento y al sol. Sonrieron con tristeza.

—Ellos llevan más años que nosotros integrando equipos —dijo el Rubio, mirando a los eucaliptus.

—Y nunca fueron al banco —agregó el de pelo colorado, sonriendo y rascándose la cabeza.

Nos agrupamos en silencio. Me asustó uno que se desprendió de una rama y cayó al lado mío haciendo temblar el piso. Al instante, empezaron a recibir botellas de cerveza de otros que estaban arriba. Las destapaban con los dientes y nos convidaban, felices y agradecidos de haber jugado ese último partido. <

El grito

José María Amulet

> El tipo constituía un espectáculo en sí mismo. Con su grito se abría paso entre las multitudes que colmaban los estadios, escalando tribunas de madera o de cemento por igual. Vendía un caramelo no apto para dentaduras endebles, carente del mínimo control bromatológico, dispuesto en tiras irregulares sobre una canasta de mimbre. Todos los hinchas padecimos y gozamos su arbitrariedad, tanto para trozar pedazos como para fijar precios. El fútbol perdió parte de su identidad cuando dejó de haber partidos de reserva, ya no flamearon los pañuelos blancos, y no volvió a escucharse el Chuengaaa. <

La fiera

Gustavo Contreras León

> Pablo se mantenía de pie, con su cuerpo en dirección a las montañas, mientras la brisa ondulaba su cabello y acariciaba sus tobillos, que iban destapados por esa costumbre suya de vestir siempre con pantalones cortos para deportistas. Adquirió este hábito durante su niñez, juventud y temprana adultez, cuando la pelota era su mundo. Ahora, el calendario de Pablo se acercaba sin demora a la quinta década de vida. Como cada mes de junio desde hace veinticinco años, estaba parado frente a las lápidas de sus abuelos y hablaba con ellos, con el vivo recuerdo que aún conservaba de ellos. Siempre que los visitaba, sus monólogos exponían la pugna existencial con la que cargaba desde aquel día que definió su porvenir.

El pelo, otrora castaño, se había pintado de gris claro y se mantenía abundante, para consuelo y deleite de Pablo, quien lo llevaba del largo suficiente para cubrir sus orejas asimétricas y adoptar un porte juvenil. Sus ojos eran pequeños y tenían el marrón brillante del dulce de coco y panela de caña. Tenía la nariz larga y fina que nacía de unas expresivas cejas y terminaba justo antes de unos labios rosados que, durante buena parte de sus días, eran el tenso reflejo de sus pensamientos. Se mantenía en forma, a pesar de su edad, aunque no podía ocultar algunos kilos que había ganado con los años. Presentaba una piel visiblemente tostada en su cuello, piernas y antebrazo, aunque su color natural era más claro, similar al café con leche.

– Yo no quería arruinar mi carrera, viejito, se lo juro – murmu-

ró Pablo con los dientes apretados, como si no hubiera querido pronunciar estas palabras y una fuerza interna lo obligara-. Era mi promesa, la que le hice a usted, la que soñamos juntos en aquel pedazo de tierra lleno de charcos. Mi futuro a la papelera y no pude ayudar más a la nona, pero imagino que ella le habrá contado mil veces. La vieja supo entenderme en su momento.

El sonido de pasos lentos y arrastrados hizo que Pablo se callara y mirara hacia los lados, como avergonzado de la escena dramática. Un viejo huesudo, bronceado y ligeramente jorobado apareció por el pasillo de difuntos con un balde de agua colgando de la mano izquierda y un ramo de orquídeas en la derecha. Se llamaba Atilio Ramírez y era el cuidador multifunción del modesto cementerio municipal.

– Señor Pablo, aquí tiene lo que me pidió para sus abu... No me diga que está usted con el mismo temita de siempre – soltó el anciano con decepción-. No se mortifique, que lo que fue, fue.

La visita anual al cementerio siempre derivaba en las disculpas de Pablo a los abuelos, acto que había presenciado Atilio varias veces.

– Mi paciencia tiene la mecha corta el día de hoy, Atilio.

– Si está impaciente y amargado, hijo, es por andar pensando en el pasado a estas alturas de la vida. Sus abuelos deben estar aburridos de perdonarlo tantas veces. ¿Acaso cree que no lo han hecho? Si son sus abuelos, Fiera.

“Fiera”. Ese apodo entró por los oídos de Pablo y viajó directamente al rincón más agri dulce de la memoria. Si algo hacía falta en ese momento para trasportarlo a su pasado de orgullo era esa palabra, con la que acompañaban el nombre en los días de futbolista profesional: Pablo La Fiera Burguera.

Empezó a llover con fuerza y el Capital Football Club estaba empatando sin goles en su visita al Atlético Sabaneros. El árbitro pi-

tó el final del primer tiempo y los jugadores corrieron al vestuario para replantear el partido, beber algo y refrescarse del inclemente calor del llano.

– Serán muy locales, pero ya están cansados y no juegan a nada – dijo el Coronel Rivero, entrenador argentino del Capital Football Club—. Además, la lluvia nos favorece con esos centrales burros que tienen. Busquemos los pases largos al área, que alguna le queda a Pablito y resuelve. Jugamos mejor y tenemos mejores jugadores. En cualquier momento flaquean y ahí estaremos nosotros, listos para atacar y ganar el partido. Este es el último paso para llegar a la final, ahora tenemos que sostener todo lo que hemos hecho en cada batalla. ¡Vamos, carajo!

Los jugadores capitalinos regresaron a la cancha convencidos de obtener el resultado necesario para clasificar a la definición del título. Fue un segundo periodo de pases torpes, carreras accidentadas y patadas lamentables. El tiempo transcurría sin gritos de gol y los capitalinos se sentían perdidos. El capitán, Juancho Vivas, miraba cada tanto al Coronel Rivero esperando indicaciones salvadoras, y éste, confiado en su estrategia, hacía una mueca con los labios que le señalaba a Pablo.

Asomado entre las gotas del chaparrón, el árbitro le indicó al asistente que añadiera tres minutos al encuentro. En ese instante, Rivero echó un vistazo a su cronómetro y confirmó que faltaban poco menos de cinco minutos para el final. Las gotas de sudor que empezaron a brotar de su cabeza tenían la marca de los nervios que las diferenciaba de la lluvia. De pronto, el Coronel advirtió un movimiento rápido de Pablo que provocó el resbalón de su marcador en un charco. La atención del entrenador se entregó de lleno a la jugada.

Pablo vio de reojo que su rival tenía la cara hundida por completo en un lodazal y de repente se sintió dueño del momento, de la tormenta, de la jugada... del partido. Levantó la cabeza y enfocó la

pelota, que venía volando después de un zapatazo del arquero. Al momento de la caída, la recibió sutilmente con la parte superior del pie izquierdo, donde quedó inerte, esperando sus órdenes. Otro contendiente vino a chocarlo, pero con rapidez se lo sacó de encima. Los defensores contrarios parecían hechizados por la ligereza de sus movimientos en un campo tan irregular, ninguno lograba arrebatarle el balón. Quedaron rezagados y dejaron al portero a su suerte, con la cara empapada y los guantes pesados de agua. Allí, dueños de todas las miradas, el guardameta y el atacante se midieron en un duelo decisivo. Pablo esperó que el adversario arremetiera contra él, cosa que hizo con las piernas abiertas y los pies hacia adelante, como esperando que el árbitro no pudiera distinguir una tijera antideportiva. Pero el nueve capitalino tocó la pelota con la parte interna del pie y la pasó por debajo del golero justo en el momento del salto con el que atenazó sus piernas. La esférica ingresó en el arco y Pablo cayó al suelo invadido por un dolor que brotaba de su tobillo derecho.

Cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue la cara del entrenador que le hablaba con disimulo entre un tumulto de jugadores de ambos bandos que se empujaban y vociferaban cualquier cantidad de insultos.

— ¡Fue gol! Entró la pelota— dijo el Coronel Rivero-. Ganamos. No te levantés que se armó quilombo y el árbitro terminó el partido antes de tiempo.

Pablo se quedó en el suelo con los ojos cerrados. Sus manos sujetaban la pierna derecha. Si bien el dolor era incuestionable, el delantero comprendió las palabras de director técnico y lo exageró un poco. Sentía los latidos del corazón en la pierna, como si toda la fuerza del guardameta hubiera sacudido su cuerpo con tanta brutalidad que todo cayó ahí, en su tobillo. Sin embargo, sabía que no era para preocuparse y que podría jugar la final. Tirado, se dejó llevar por la fatiga mientras los demás reñían.

Trascurrió una semana desde el partido que les abrió las puertas de la final. Con el gol ganador, Pablo infló su figura ante los medios y los aficionados. En todas partes se hablaba de su brillante temporada con el Capital Football Club y los analistas se mostraban preocupados por su estado de salud luego del fuerte golpe que recibió. Sin él se tambaleaban las probabilidades de goles, de buen fútbol, de espectáculo. Era el goleador y estrella de la liga, los periódicos lo ubicaban en los grandes equipos de Europa y la directiva del club le ofreció un bono millonario por cada tanto que marcara para ganar el partido definitivo.

– Mirá lo que dice este diario, Fiera – exclamó el Coronel Rivero con un dedo en la primera página de la publicación –. Los periodistas están como locos, ya no saben que inventar y hasta hablan de mandar un brujo para que te arregle el tobillo con tabaco y yerbas. ¡Qué bárbaro! Escriben lo que sea para justificar la guita. Vos seguí trotando, sin drama. Por ahora no es necesario exigirte el mismo ritmo que a tus compañeros. Queremos desinflamar esa gamba para que la rompas en la final.

– Está bien, profe, usted es el que sabe – respondió Pablo con la mirada enfocada en los ojos de su interlocutor –. Yo le hago caso, pero no me vaya a dejar con los suplentes por no haber entrenado bien.

El Coronel realizó una mueca de aire paternal y sonrió.

– Ay Pablito, vos no cambiás – replicó –. Siempre tan formal, con esos buenos modales de las provincias. Hablame de vos, o de tú, como tus compañeros. Yo sé que ya no soy un pibe, esto lo tengo claro como que Gardel nació en Buenos Aires, ¿estamos? Pero no soy un viejo, de eso ni hablar. En fin, Fiera, vos hablá como se te cante mientras mantengas la magia intacta para el partido del domingo.

Al terminar sus palabras, Rivero se fue directo al vestuario, donde lo esperaba el asistente para discutir algunos aspectos rela-

cionados al equipo rival en la final. Era común ver entrenadores y jugadores de nacionalidad argentina que no tuvieron éxito en su país. Llegaban como salvadores, alabados por el simple hecho de ser argentinos. La reputación la tenían ganada. No obstante, muchos subestimaban este fútbol caribeño, andino, selvático y lejano, y, así era su fracaso, violento como la selva amazónica. Otros, respetuosos y serios en su oficio, se convertían en ídolos instantáneos por su pasión y conocimiento. Rivero pertenecía al segundo grupo. Se había encariñado con el país y su gente; había formado una familia y acumulaba experiencia con varios equipos locales, con los que tuvo una actuación sobresaliente. Para Pablo era como un padre: lo vio jugar en un equipo juvenil del interior del país y, asombrado por su talento, convenció a los dueños del Capital Football Club de hacerle un contrato profesional y llevarlo a la primera división.

Juancho Vivas estaba sentado junto a Pablo en el banco de suplentes de la cancha de entrenamiento. Tomaba agua y respiraba agitado por el esfuerzo del entrenamiento. Había escuchado la pequeña charla con el entrenador y miraba a Pablo con extrañeza y preocupación.

— ¿Qué pasa? - dijo Juancho—. Ni las ocurrencias del profe te levantan el ánimo. Tú estás raro. Desde el día después del partido que te veo en las nubes, pensando en otra cosa. Recuerdo que te llamé para preguntarte si te habías enterado del rival que nos tocó para la final y pusiste una voz muy seria...

— No es nada — le interrumpió Pablo, vacilante —. Es que... bueno, usted sabe. Es el partido más importante de mi vida y tengo miedo de decepcionarlos al Coronel y a todos ustedes. Todo esto de no entrenar y los periodistas llamándome, los diarios inventando cosas... Déjeme, no se preocupe, ya se me va a pasar.

Juancho sospechaba que el asunto no era tan sencillo. Había cimentado una buena amistad con Pablo y lo conocía bien. Algo más

mortificaba al goleador, pero éste no tenía el valor para compartir sus pensamientos al respecto. El periodismo y la gente del fútbol le habían dado el apodo “La Fiera” por su dominio del juego, del balón y de las defensas contrarias. Dos años como profesional le bastaron para convertirse en el jugador estrella de la liga; el más dominante y con mejores números. Pero afuera de la cancha se manejaba de forma distinta, casi opuesta. No mostraba la misma resolución en las reuniones y eventos sociales, era reservado con las personas que no formaban parte de su pequeño círculo de confianza y, a diferencia de la mayoría de futbolistas, era tímido con las mujeres. Sin embargo, frente a Juancho Vivas se mostraba a sí mismo con plenitud; lo consideraba un amigo y le confiaba sus preocupaciones. Naturalmente, Juancho no podía concluir otra cosa: “Algo grave pasa por la cabeza de Pablito. Tan grave que no me lo quiere contar”.

Cada paso que daba era un sonido sin imagen. Pablo sabía que estaba caminando porque escuchaba el crujir de hojas secas, ramas y pasto bajo sus pies. Miraba hacia abajo, pero no lograba ver sus extremidades. La oscuridad era absoluta, carente de destellos. A pesar de esto, seguía avanzando y no tropezaba con nada. Transcurrieron varios pasos hasta que el sonido lejano de un ave penetró la coraza del silencio. Era un canto conocido... el canto de los pájaros garrapateros. Poco a poco se fueron sumando sonidos de animales, unos distantes y otros no tanto, hasta que la nada se llenó de la música de la naturaleza. Pablo sentía miedo de tropezar con algo. Movía sus manos, o al menos eso pensaba, porque “¿Cómo puedo mover mis manos si no las veo? ¿Acaso existe lo que no se ve?” De pronto, se escucharon los pasos de algo grande y, como si hubiera estado sumergida bajo un mar de petróleo, comenzó a aparecer la cara de un oso frontino que le miraba fijamente a los ojos. La cabeza del animal era grande y peluda... Regia.

– Hola, Pablo – la voz de su abuela emergió de la boca de la osa-. Nadie más puede escucharme, solo usted. Ponga atención que le voy a decir algo muy importante.

Estaban ellos dos y los ruidos de animales invisibles. Nadie más. Nada más. Ni siquiera se podía asegurar que Pablo estaba allí, porque no se veía nada de su cuerpo. De no ser por la abuela osa que le hablaba, podría jurar que no existía en ese momento.

– A la gente le cuesta asimilar las cosas cuando son diferentes – continuó la osa -. Cuando algo rompe el molde de lo que les han enseñado desde niños, las personas se encierran en sus convicciones. Se atrincheran. Nos cuesta ser críticos, hijo mío. Preferimos que otros hagan la crítica en lugar nuestro y así la aceptamos...

La abuela osa hizo un ligero movimiento con la cabeza y condujo la mirada de Pablo hacia un lado. Había tres criaturas híbridas, todas con cuerpos similares. Una de ellas tenía la cabeza de un turpial, pero el cuerpo, a pesar de mantener los colores del ave, presentaba el tronco y los brazos de un ser humano, hasta llegar a las patas que volvían a ser las de un pájaro. Dominaba una pelota de cuero sin dejarla caer al suelo. Al mismo tiempo, otros dos sujetos con patas de plumíferos trataban de llamar la atención del primero con una pelota hecha de billetes. Tenían un sobretodo negro que les cubría el cuerpo y que únicamente dejaba ver las manos humanas y las cabezas de zamuro del uno, y de zarigüeya rabipelado del otro.

– Muchas personas lo van a mirar raro, mijo – dijo la abuela osa volviendo la mirada hacia Pablo -. Me le van a reprochar sus convicciones. Pero mientras usted sienta que es lo correcto, que no le hace daño a nadie y que puede dormir tranquilo, vaya para adelante.

En ese preciso instante explotó el balón de cuero con el que hacía juguitos el turpial. Pablo dio un salto por el susto. La abuela osa ya no estaba y Pablo podía ver sus pies al final de la cama. Se encontraba en el cuarto de hotel y Juancho Vivas, su compañero de

concentración, lo miraba con curiosidad desde el otro lado de la habitación.

– ¿Un mal sueño? – preguntó el capitán del equipo.

– Puras tonterías, no pasa nada – respondió Pablo, sudando -. ¿Qué hora es?

– Es temprano, apenas son las once – dijo Juancho –. Te quedaste dormido muy rápido cuando empezamos a ver la película...

- Vuelvo en un rato, descansa tranquilo que yo voy a estirar las piernas.

Pablo se había despertado con una profunda sensación de inquietud. Las palabras de la osa le daban vueltas en la cabeza y, a pesar de que no lograba ponerlas en contexto, tenía la seguridad de que estaban relacionadas con su humor de los últimos días.

Bajó a la recepción del hotel y allí le indicaron que el único espacio abierto a esa altura de la noche era el bar. Fue directo al lugar indicado con la esperanza de encontrar un café con leche infiltrado entre rones, whiskys y vinos. Echó un vistazo al oscuro recinto y observó que estaba casi vacío. En una mesa distante secreteaba una joven pareja; en otra mesa bebían ron y jugaban dominó tres ancianos elegantes, con aires de políticos; y en la barra discutían acaloradamente dos hombres maduros a los que Pablo reconoció de inmediato: eran cronistas deportivos. Por suerte, el goleador salió de la habitación con una gorra y la chaqueta de presentación del equipo, a la que le estiró el cuello hacia arriba para cubrirse un poco, al menos hasta la altura del mentón. Se sentó de forma diagonal, a dos bancos de distancia de los cronistas, de tal manera que si volteaban hacia él no podrían verle la cara. Optó por ese lugar porque sintió el impulso de escuchar la discusión.

– Un café con leche, por favor – ordenó al barman.

– ¿Café con leche? Bueno – Se preguntó y respondió a sí mismo el hombre, encogiéndose de hombros.

Pablo dejó caer la visera de la gorra casi hasta la altura de las cejas y puso atención a lo que hablaban los hombres. Uno era Armando Piñango, conocido trabajador de la revista Caimanera, quien escuchaba con curiosidad al otro personaje, cuya voz le sonaba familiar de algún programa de radio, pero no lograba identificarla.

—... el lunes van a anunciar la llegada de Javinho al Club Realidad de Fútbol — dijo el locutor, evidentemente pasado de tragos -. Después de jugar en el Esportiu Catalunya por tanto tiempo. Es que uno ya no sabe dónde van a ir a parar los jugadores; un día juegan con Dios y otro día son el guardameta del diablo. Es una cosa de locos. Pero así es el fútbol de hoy, compadre. Yo que te lo digo... No se puede negar que el espectáculo ha mejorado mucho... Ochenta y nueve millones, ¿puedes creerlo? Aquí porque estamos lejos de ese realero que pagan las grandes ligas, pero no te sorprendas, que nuestros muchachos cada vez ganan más plata, sobre todo cuando salen al extranjero...

— ¿Te parece que se ofrece un mejor espectáculo? — interrumpió Armando Piñango a su compañero —. No joda, chico. Si ahora no hay más que uno o dos equipos competitivos por liga y lo demás es relleno. Los cuadros ganan sus ligas con seis y siete fechas de anticipación. Alfredito, ¿tú me estás hablando en serio? ¿Qué puede tener de interesante una liga que desde el primer partido se sabe quién la va a ganar?

- No me vas a negar que los juegos que vemos por la tele son emocionantes — replicó Alfredito —. Son rápidos y llenos de goles. Hay que romper todos los records que ha logrado Javinho...

- Ahora todo son records, estadísticas, kilometraje... ¿Estamos hablando de fútbol o de atletismo? — repuso Armando, cada vez más enérgico —. Los jugadores te corren por la banda a ochocientos kilómetros, pero ninguno te gambetea tres defensas en un metro y medio. ¿Dónde quedaron los diez? Todos pasan desesperados la mi-

tad de la cancha sin armar una jugada bonita... ¿cómo no van a ganar siempre los mismos si tienen toda la plata? ¿Ah?

Armando Piñango permaneció en silencio unos segundos, esperando la respuesta de Alfredito, quien lo miraba y bebía su trago, pensando qué decir. Pablo saboreaba el café sin perderse un detalle de las palabras. El barman le hizo un gesto de impaciencia y miró a los cronistas como a unos pobres borrachos. “El pan nuestro de cada día”, murmuró. El debate arrancó de nuevo.

– El marketing está detrás de todo – prosiguió el cronista –. ¡Marketing! Con eso te digo todo. Puras palabras en inglés. Ya no hay identidad... Los futbolistas ya no tienen identidad, lo que les importa es la plata, los dólares. Nadie mira si el equipo que ofrece los millones es el clásico rival de tu club o del país que te hizo la guerra. Mientras pongan los billetes en la mesa, sonríes para la foto con la camiseta del Atlético Osama Bin Laden. ¡Ver-gon-zo-so! No se les escapa una selfi para subir al tuitter, pero la directiva decide echar al portero de toda la vida, sin acto de despedida, y ningún compañero sale a pedir un poco de respeto porque supuestamente ellos deben enfocarse en lo deportivo y no toman decisiones... ¡Se les perdió el compañerismo en el tuitter, muchachos!

El cronista hizo una pausa, volteó en dirección al barman y Pablo, intentó reconocer al goleador y, luego de abandonar el escrutinio, le indicó al encargado que enviara dos tragos más a su lugar. Alfredito aún tenía el vaso de cerveza hasta la mitad y no se percató de que su interlocutor le encajó otro.

– La gente baila el ritmo que le tocan y hoy la música la ponen los que están detrás del famoso marketing – reanudó Armando con el vaso de cerveza en alto, como si estuviera pronunciando ideas irrefutables –. Mis sobrinos se hicieron de un equipo por moda, ¿y cómo no? Si la televisión solo te habla de dos o tres clubes, te los ponen hasta en la caja del laxante. Parece que todo el fútbol del mun-

do se hubiera reducido a dos cuadros.

- Oye, Armando – intervino Alfreedito –, ¿cómo se sentirá La Fiera Burguera con el juego de mañana?

- ¿Cómo se va a sentir? – respondió Armando categóricamente -. Es lo que te vengo diciendo: a los futbolistas de hoy solo los mueve la plata... Se habla que después del partido se lo llevan a Brasil y, por lo que me contaron de buena fuente, hay tres empresas grandes que le van a ofrecer un buen billete como imagen. Ni se acuerda que va a enfrentar al equipo que lo vio crecer.

En el túnel de salida hacia la cancha Pablo sentía la resaca de una noche sin dormir. Su velada en el bar terminó con las palabras que dijo el cronista sobre él. Para Pablo, eran estupideces. Odiaba la ligereza con que el periodismo hablaba de sus cosas como si supieran lo que pensaba o lo que sentía. No soportaba la idea de que lo vieran como a un tipo que jugaba al fútbol nada más que por la plata. Apenas escuchó esto, dejó unos billetes en la barra y se fue molesto a su habitación. Le fue imposible conciliar el sueño. Por supuesto que tenía presente el rival de la gran final. El Club Andino era el cuadro de su pueblo, de su infancia, de su gente. De niño, cuando jugaba en las calles de tierra cercanas a la granja de sus abuelos, soñaba con hacer goles vistiendo la camiseta andina. Al crecer lo suficiente, su abuelo lo llevó a la escuelita infantil del club y, desde ese momento, pasó por todas las categorías amateur de la institución. Le prometió a sus viejos que algún día sería el héroe de ese equipo, pero el Capital Football Club lo llevó a debutar como profesional fuera de su terruño. Nunca se había enfrentado al Club Andino porque pertenecía a la división del lado contrario del país. Solo una final podía cruzar sus caminos y, por primera y única vez, Pablo tuvo que verse las caras con la escuadra de sus amores.

El tiempo del partido corría con más rapidez que la usual, al

menos esa era la sensación que tenía Pablo. Le faltaba la concentración de otros días y había pasado desapercibido hasta el momento, para lamento de sus compañeros y provecho de los comentaristas, quienes no paraban de transmitir todo tipo de teorías al aire, lo cual impacientaba a los aficionados con audífonos en las tribunas. Cada tanto, cuando la pelota se iba errante por los laterales o cuando el árbitro detenía el partido tras una infracción, Pablo miraba a las tribunas y reconocía antiguos vecinos del pueblo. La Fiera se había limitado a tocar la esférica, sin resplandor. Casi estéril para las aspiraciones grupales. Antes del descanso, un centro desde la banda izquierda de la defensa capitalina conectó el balón con la cabeza del nueve andino y el arquero tuvo que rescatar la redonda dentro de las redes. Juancho Vivas, como buen capitán, animaba a los suyos para que el revés no les apedreara el espíritu. Pablo entro al túnel con la vista puesta en la pizarra adversa. El Coronel Rivero empleó todas sus frases motivadoras durante los quince minutos intermedios. Y remarcó varias veces que le entregaran la pelota limpia a su goleador. “La gloria es nuestra, pero hay que saber enamorarla”, dijo.

Pablo sintió que lo sujetaron del brazo antes de regresar a la cancha. Era el Coronel Rivero con cara de angustia:

– ¿Qué pasa, pibe? – dijo en voz baja –. Mirá que los dirigentes te armaron un contrato millonario para que pongas tu cara en un champú y ya te tienen pasaje a Brasil. Convertite en héroe.

El entrenador le dio una suave cachetada y le señaló el campo de juego. El réferi lo esperaba para iniciar la segunda parte. Los minutos pasaron similares a los cuarenta y cinco iniciales: si bien el Capital Football Club se adueñó del balón, las oportunidades de gol eran nulas y, en gran medida, la apatía de Pablo era clave en esto. Para los futbolistas capitalinos cada minuto pesaba toneladas de frustración. La agonía del tiempo nublaba los sueños de campeonato del equipo que dirigía el Coronel Rivero.

Quizás el tiempo no fue lo suficientemente rápido. Quizás los sueños pesaron más. Lo cierto es que, de tanto procurar, los capitulinos consiguieron la oportunidad que habían buscado todo el partido. Faltando tres minutos para el final, el puntero del equipo, Pacho Márquez, se filtró en el área a toda velocidad y fue derribado con torpeza por el extenuado lateral derecho. El árbitro y el linier pitaron y levantaron la bandera con unanimidad. Pablo se detuvo en seco, miró al juez y no dijo nada. En sus oídos entraban murmullos. Ninguna frase, ninguna palabra. Ni siquiera un ruido reconocible. Veía a los rivales reclamar y, sin embargo, nada se escuchaba claro. Entre los murmullos se empezó a sentir un golpe sonoro cada vez más claro:

- Pablo, Pablo... ¡Pablo! – le gritaba Juancho Vivas.

- Dígame, Juancho, dígame – respondió el goleador.

- Todo tuyo, Pablito – aclaró el capitán -. Gol seguro y lo ganamos en el alargue.

Pablo Burguera recibió la pelota de su amigo y compañero. La apretó entre sus manos y la acomodó en el punto de cal. Tomó distancia. Respiró hondo. Pensó en los abuelos. La granja. Aves volando... libertad... Los cronistas hablando en el bar. Un hombre en Perú usando el champú con su cara. La abuela osa. Exhaló el aire y fijó la mirada en el portero; era la primera vez que se miraban las caras en todo el partido. De las tribunas venía un rumor que le recordaba al sueño sin luces de la noche anterior. Seres expectantes, murmuradores, irreconocibles. De pronto, un pequeño turpial sobrevoló la escena y se posó sobre la esquina superior izquierda del travesaño. Pablo lo observó, cogió impulso y pateó con fuerza el balón hacia el banderín de córner.

¿Sabe qué, mi viejo? – dijo Pablo – No soy millonario, tampoco llegué a las grandes ligas de Europa; pero voy por la calle con la cabeza derecha. Hice lo que tenía que hacer. Después de eso, nadie

más tomó decisiones sobre mi carrera. Y me divertí, no se lo voy a negar. Pudo ser diferente. Pude haber sido un esclavo.

Sin lugar a dudas, la carrera de Pablo Burguera giró brusca-mente después de ese penalti en la final ante el Club Andino. El contrato para ir a jugar a Brasil nunca se firmó y las duchas del continente nunca lucieron su cara en los envases de champú. Los medios dijeron de todo en sus espacios; Armando Piñango tituló uno de sus textos con “La Fiera que chutó su futuro a la basura”. Las grandes li-gas no hicieron más esfuerzos por ficharlo. Con ese prontuario, Pa-blo se convirtió en el goleador de los países exóticos para el fútbol: Chipre, Madagascar y Cuba lo celebraron como un delantero de élite condenado por su extravagancia.

Una tos seca atrajo la atención de Pablo, hasta ese momento ensimismado en sus confesiones frente las tumbas. Era el viejo Atilio Ramírez que seguía allí escuchando, sin ninguna vergüenza.

– ¿Se da cuenta, mijo, que la plata no es todo? – le comentó el anciano con determinación – Si lo importante es que tenemos sa-lud y estamos vivos. <

El duelo

Manu Mendiando

> Hay tensión. Adentro, veinte hombres esperan el duelo. Afuera, varios más.

Hay tensión. Doce pasos separan a la frívola mirada de león de un hombre, del largo vuelo de cóndor de otro hombre.

Hay tensión. Y será el paraíso para uno y la condena eterna para el otro.

La orden es impulsada. <

Al Ingeniero lo recuerdo así

Fernando Kleiman

> Se siente en el aire. Los domingos, cuando los muchachos aparecen por el campo de deportes del colegio, la ausencia del Ingeniero se desparrama por todos los rincones. Entonces me invade esta sensación de nostalgia que no me puedo sacar de las tripas. A los demás también les pasa. De eso no se habla pero lo adivino en los silencios, en las miradas a cualquier parte. En el apuro de todos por cambiarnos rápido y escapar del vestuario; ese espacio que alguna vez fue una invitación a la charla y a las confesiones más íntimas pero que ahora sólo huele a pérdida.

Ya no se habla de él, aunque sería más justo decir que es ahí, en ese vestuario, donde no se lo nombra. Porque en la intimidad, mate de por medio con la patrona, nunca falta oportunidad para revisar los detalles de esta historia.

Sospecho que es la forma que encontramos para que duela menos. A veces uno se acomoda como puede. Pasaron doce años desde que nos conocimos en la primera reunión de padres. Al principio costó, porque había gente nueva. Después nos relajamos y a medida que entramos en confianza —charlando de fútbol, claro— y ante la sugerencia de las autoridades, anotamos un equipo en el campeonato de padres del colegio de nuestros pibes.

Es como si lo estuviera viendo ese día. Alto, sin un gramo de más, el pelo corto peinado hacia la derecha y trajeado como si fuera a un casamiento. Tenía pinta de galán de cine de los años cincuenta.

Llamaba la atención por su presencia pero también por su forma de hablar. Era más bien callado pero de voz bien firme; abría la boca sólo cuando tenía algo importante para decir y las palabras le salían con la precisión de un bisturí.

Apenas lo presentaron, le tatuaron el apodo. *Muchachos...*, *les presento al Ingeniero*, dijo con tono formal el Pelado Rondina, después de carraspear dos veces, como si estuviera introduciendo al Príncipe de Gales.

No le vi uñas de guitarrero. Tan elegante, tan distinguido, parecía a años luz del tipo que se deja la vida en una pelota dividida. Con esa pinta, con esos modales, en un pan y queso lo elegía último.

Pero cuando salió el tema de nuestras posiciones en la cancha mis prejuicios se deshicieron de golpe. Aparecieron muchos que se decían delanteros, algunos volantes y pocos defensores. El Ingeniero estaba recostado contra una pared y miraba fijo, sosteniéndose el mentón con los dedos en ve. Parecía que analizaba todo con rigor científico. Cuando le llegó el turno fue preciso: *yo soy dos*, dijo con voz convencida y una agudeza en la mirada que transmitía seguridad. No dijo *soy defensor o marcador central*. El tipo dijo que era dos y a partir de ese momento lo empecé a mirar de otra manera, diría que con respeto.

Yo, en cambio, me presenté como volante de ida y vuelta que maneja los dos perfiles pero que puesto a elegir prefería ir por derecha, y además saqué chapa diciendo que había jugado como volante central en el campeonato universitario. Los futboleros de raza me iban a entender; estaba reclamando un lugar en la media cancha.

Un par de días más tarde arrancaron los picados de práctica y enseguida supe que sino cambiaba de estrategia lo iba a mirar de afuera. Había tres o cuatro volantes que jugaban diez veces más que yo así que a puro reflejo futbolero, al ver que nadie se ofrecía para marcar punta, dije en voz alta *miren que ando bien de cuatro* y me

quedé con el puesto a base de pierna fuerte y rechazos a cualquier parte.

Jamás podía imaginar el resarcimiento que me esperaba por convertirme en “cuatro”. Fue cuando descubrí que jugar al lado del Ingeniero era la oportunidad de aprender de una vez y para siempre de qué iba este juego que tanto me apasiona.

Porque el Ingeniero no sólo era un crack, era un libro abierto con la capacidad de enseñar eso que a los charlatanes nos cuesta tanto explicar. Y lo hacía desde el ejemplo, porque era de hablar poco y jamás levantaba la voz. Pero sus indicaciones todavía hoy me resultan inolvidables. *Gómez, el fútbol bien jugado empieza desde del fondo. Es como construir un edificio. Si las bases no están sólidas se viene todo abajo*, me dijo apenas arrancamos, apoyándose en sus conocimientos de ingeniería, cuando vio que yo salía siempre con un pelotazo largo.

¡Había que verlo! Uno de esos tipos que juega con galera y bastón. Tenía la elegancia de una estrella que camina sobre la alfombra roja y su visión de juego lo emparentaba con un extraterrestre con ojos en la nuca. Sabía todo lo que pasaba sobre el césped pero además intuía como nadie lo que estaba a punto de suceder; un ajedrecista en la piel de un jugador de fútbol. Con la pelota en los pies hacía todo simple y bien. Lo más difícil. Nunca una de más y todo en el momento exacto. Para el Ingeniero, revolear un pelotazo era un insulto al compañero. Una agresión. *La pelota no se tira como un pedrazo desde un décimo piso. El pase es compartir la pelota, lo más sagrado del juego. Rifarla es pecado capital, Gómez.*

La filosofía y el ejemplo del Ingeniero se transformaron en la inspiración para corregir mis vicios futboleros. Y cada vez que me rendía a la tentación de entrarle fuerte buscando la cabeza del nueve a cincuenta metros de distancia, el Ingeniero no me hacía ningún reclamo pero me fulminaba con una mirada de desencanto mucho más

dolorosa que una puteada a viva voz

En defensa era cosa seria. Todo lo hacía en base al poder de anticipación de un vidente; jamás iba al piso a quitar una pelota. El Ingeniero interpretaba la intención del rival y cortaba los pases filtrados con la tranquilidad de un tipo que pasea por la plaza. En los mano a mano eran tantos los amagues que él hacía al delantero, que se la dejaban mansita y en bandeja. Todo al trote, porque le sobraba el tiempo. Apenas recuperaba, levantaba la cabeza y se la daba rápido y seguro a un compañero desmarcado. Una extraordinaria versión de las cosas simples.

Pero ni siquiera eso era lo más grandioso de su juego. Lo que lo hacía único, inolvidable, irrepetible, era el respeto por el adversario y el árbitro. Raro tratándose de fútbol. No exagero cuando digo que jamás vio una tarjeta amarilla y que rara vez hacía una falta. Los once años ininterrumpidos ganando el premio fair play me remiten de dar mayores explicaciones.

¿Cómo olvidar un tipo así? Nuestro capitán, nuestro líder, nuestra referencia. Fueron doce años de alegrías de la mano de su excelencia y, como pasa en esos pocos momentos de la vida donde parece que todo nos sonríe, creímos que iba a durar para siempre. Que la fiesta nunca iba a terminar.

Por eso jamás voy a olvidar lo que pasó ese domingo nublado de principios de octubre. Es cierto que sólo pasaron tres años, pero sé que hasta los más pequeños detalles van a seguir ahí, en mi cabeza, hasta el día en que me muera.

La tarde no era muy distinta a tantas otras. Llegábamos cómodos punteros y con apenas cuatro fechas por jugarse ya ensayábamos la que sería la tercera vuelta olímpica consecutiva. En el vestuario el clima era de fiesta y los minutos previos se deshacían entre risas, anécdotas y los temas de siempre: las cargadas del fútbol grande, alguna cosita del trabajo, asuntos de familia y los relatos de las

hazañas sexuales –tan fabulosas como improbables– del Bambi no Bottindari.

Cuando se acercó la hora el Ingeniero repartió las camisetas, dio la formación del equipo y caminamos hasta la cancha número uno. Estoy seguro de que él sabía que recorría ese camino por antelación última vez.

Al rato empezó el partido y antes de los cinco le cayó un pelotazo del cielo. Me acuerdo y se me pone la piel de gallina. El Ingeniero la bajó de pecho, con su técnica perfecta. A partir de ahí, todo pasó en cuestión de segundos. Avanzó unos pocos pasos, levantó la cabeza y la soltó en dirección a un delantero rival que estaba parado cerca del lateral. Con el seis nos miramos sin entender. Rarísimo. Pero si hay algo que sé en esta historia con tantos enigmas es que el Ingeniero no se la quiso dar a un compañero. Un crack de su clase no se equivoca así.

El siete se sorprendió con el regalo y encaró pegado a la raya. El Ingeniero lo fue a buscar, con la fuerza de un tornado, y cuando lo tuvo cerca se tiró en plancha con los tapones de punta; el golpe fue tremendo. El pobre tipo terminó tres metros afuera de la raya, tirado sobre el cartel publicitario de chapa de una inmobiliaria del barrio. Las quejas de dolor sonaban como el estertor de un rinoceronte. Créanme que no les miento ni les exagero. El Ingeniero se la había regalado para tener la chance de meterle la patada más criminal que yo haya visto.

Los jugadores y los pocos que estaban afuera nos agarrábamos la cabeza. El Ingeniero, el ejemplo de caballerosidad admirado por compañeros y rivales, se había convertido en un carnicero en menos de lo que se tarda en prender un cigarrillo. El árbitro lo encaró con la tarjeta roja en lo alto pero él no se inmutó. Dio media vuelta y enfiló para el vestuario con el andar sereno de siempre. Se lo veía convencido, sin gestos de arrepentimiento.

Esa es la última imagen que tengo suya. Su espalda y el número dos esfumándose de mi vista, a medida que se alejaba de nosotros para siempre. En la cancha todo era confusión. Nadie entendía nada. El siete seguía en el piso y la ambulancia tardó media hora. Más tarde nos asustó el diagnóstico: doble fractura de tibia y peroné, fractura de tabique nasal y veinticinco puntos de sutura en el pómulo derecho. Lo tenía oculto pero a la hora de pegar, el Ingeniero, más que ingeniero, era un cirujano.

Fue el final de una leyenda de barrio y el nacimiento de un interrogante mayor. Que se fue agigantando en los días que siguieron. Porque después nos enterarnos que esa misma noche se había ido de su casa sin dejar siquiera una nota. Al igual que su caballerosidad deportiva, dejaba atrás veinte años de matrimonio y dos hijos. Un par de días más tarde nos cayó otra bomba. El viernes anterior al partido el Ingeniero había renunciado a su cargo de gerente general de una de las mayores empresas constructoras del país. Parece que en lugar de mandar una carta documento prefirió entrar en el despacho del dueño para meterle una trompada que le voló tres dientes. Después se puso el saco, agarró el maletín y salió a la calle con el andar sereno que lo caracterizaba.

Nunca más lo vimos. Tampoco supimos nada de él. Nos dejó de legado el recuerdo de su clase futbolera sin igual y un jeroglífico que cada uno intenta resolver a su manera. La mayoría juega a ser psiquiatra. Que se cansó de nosotros. Que se cansó de su perfección. Que se cansó de esta rutina de mierda. En esas no me prendo. Prefiero recordarlo como más me gusta. Con la pelota dominada, la cabeza levantada y el pase a ras del piso que viaja al pie más hábil del compañero mejor ubicado. <

Corazón de potrero

Roberto Díaz Chevallier

> La callecita de tierra, acaso campo improvisado, escenario de los más épicos y hazañosos partidos, atestiguaba la reunión de quienes alguna vez fueron sus chicos: unos, con el televisor en la vereda, alentando al elegido; este, detrás de la pantalla, debutando en una verdadera pero no más amena cancha...<

El día que Lamberti chocó la calesita

Pablo Olindo Díaz

> Como un beso de despedida, seco, sin amor ni lujuria pero con la nostalgia de lo que no será. Así lo vivió Cristóbal Lamberti, desde el instante preciso en el que la pelota acarició el palo y se fue mansita a descansar, porque supo que el descenso se lo había llevado puesto. Ese infierno tan temido, con el que había coqueteado mil veces, se abrió a sus pies y empezaba a quemar.

Atravesó el campo de juego en un mar de lágrimas pero naufragó fumando un pucho en el vestuario, y antes de tomar la palabra, le pidió a Lafuente que vaya a poner en marcha el auto. Su asistente y amigo confirmó que la cosa venía brava porque eso de poner en marcha el auto solo se lo había pedido cuando lo vino a buscar la barra o cuando su mujer lo encontró con un fato en la concentración.

No era para menos. El descenso venía acompañado por caprichos de reestructuración y calendario que situarían al club en un letargo de cuatro meses.

Tomó una camiseta que yacía junto a un par de botines embarrados y se dispuso a deshacer las indicaciones que había en la pizarra, antes de lanzar una pregunta que ahogaría llantos en un mutismo brutal.

¿Muchachos, ustedes saben que hay afuera? – algunos cruzaron miradas, otros mordieron sus labios de bronca pero ninguno se atrevió a responder–.

En la pizarra está la respuesta – mientras el silencio ya dolía, fue Oyola, su capitán, quien se atrevió a responder por el grupo-.

Es que... en la pizarra no hay nada escrito Lamberti.

Oyola, muchachos... no está escrita porque afuera tampoco habrá carteles que lo anuncien porque afuera para nosotros... no hay nada. ¡Nada!

¿Y la familia? –alcanzó a decir Linares-.

Eso ya lo traemos puesto. Yo les hablo de eso que somos, para lo que nos preparamos cada día de nuestras vidas, de eso que nos quita el sueño...

¿El fútbol? – desde el fondo entró en escena la voz quebrada del Matungo Céliz, quien era para muchos el peor delantero que dio nuestro fútbol–.

¡Exacto Céliz! Sin el fútbol no somos nada... y no les hablo de gaita ni fama que a estas alturas sabemos que salvo a Achával, a ninguno de nosotros nos va a llegar (Maravilla Achával agachó la cabeza y se ruborizó todo lo que sus cachetes morochos se lo permitieron), les hablo del truco en la concentración, de los tallarines que prepara el Ñato, de las cosquillas antes de cada partido... cuando salgan solo van a tirar el achique para subir al subte y hablarán de marcas personales cuando se aburran de estar con sus mujeres – en algunos la impotencia les estalló en la cara- .

Ya lo teníamos hablado con el Feo y, después de lo que pasó, volvemos al remis y hacemos un turno cada uno con el Taunus – dijo el Hacha Medina que compartía con el Feo Salaverry mucho más que la zaga central-.

Para Lamberti esas palabras fueron una puñalada. Respiró, tomó agua, escupió y respondió mientras salía por la puerta de atrás, esa que daba a la cancha de bochas y estaba reservada a las grandes derrotas.

Pensemos muchachos, y pensemos bien cómo vamos a pasar el parate... no digo que esté mal buscar un rebusque porque la familia comer tiene que comer pero si no nos mantenemos juntos o

no tenemos tiempo de entrenar guárdense en una latita el olor a vestuario y vayan recopilando las anécdotas que le van a contar a sus nietos de cuando eran jugadores.

Las palabras de su técnico enfrascaron la atmósfera de un vestuario que viajó a la deriva hasta la mañana del lunes. Cada lunes, y entre mates, el Ñato les preparaba en el *buffet* que manejaba debajo de la tribuna la charla técnica.

Aunque esa mañana solo estaba permitido el ingreso a jugadores y cuerpo técnico, ningún socio ni simpatizante se dio una vuelta por el lugar. El club era un velorio pero nadie rendía tributo a sus once muertos.

Los mates pasaron y también pasó la paciencia cuando Lamberti no apareció por el *buffet*. Después de dos horas y en silencio los muchachos encararon la salida. Algo se había roto pero ninguno sabía que eran ellos los pedazos dispersos.

Mientras esperaban en la puerta de la cancha la llegada de los rezagados fue Barboza quien pegó el grito. Antes que volviera a llamarlos ya todos estaban en la boca del túnel y desde ahí pudieron verlo. Era Lamberti quien hablaba y gesticulaba en la soledad del arco que daba al arroyo.

Confundidos y en silencio se fueron acercando y aunque ninguno supo qué decir, Lamberti los incluyó en su divague.

¡Cómo no lo vi antes Echagüe! Si jugabas con el perfil cambiado con el tres de ellos te hacías una fiesta.– Echagüe, al igual que el resto, solo se limitó a escuchar.

Ahora Echagüe... ¿Qué vas a hacer? ¡Porque del fútbol *siamo fuori!*

Paso música en una despedida de soltero – dijo con un hilo de voz–.

¿Dónde? – preguntó Lamberti mientras dibujaba jugadas en el área–.

En un boliche que me queda a dos horas de colectivo... en la ciudad.

¡Linda partuza se deben dar los vagos!- respondió Lamberti sin mirarlo-

Sí... aunque mucho más zafadas son las de minas...

¿Cómo es eso? – en Lamberti algo hizo ruido. Algo que lo venía arrinconando desde el sábado y no dejaba de patear su orgullo-

Un stripper, dos tragos y ya arrancan... además cuando se enteran que soy jugador todas me tiran los perros y tengo que encerrarme en la cabina para poder trabajar.

Las órbitas de Lamberti dieron cuenta del disparador que accionó Echagüe con sus palabras. Porque si la Rata Echagüe hacía gala de sus dotes de sensualidad no todo estaba perdido.

Lamberti lo tomó del hombro y lo invitó a caminar juntos por la raya de cal, cosa que al muchacho lo paralizó de miedo porque cuando Lamberti te llevaba tomado del hombro era para explicarte que tenía que limpiarte, aunque en éste caso no había ya ni equipo de donde echarlo.

Pero fue un par de veces nomás... ahora voy a buscar otro rebusque... sabe.– de pronto esa cosa tan fiera que lo venía atormentado se volvió más dócil y con cada palabra de Echagüe metía cada vez menos miedo. Mientras su cabeza no dejaba de maquinarse, sentía que ese monstruo que ayer le quitaba el sueño, ahora se echaba a dormir a sus pies–.

Lamberti pegó un grito y reunió a todos en el círculo central para contarles eso que pasó a llamar la “solución a todos los problemas”-.

Señores le encontramos el agujero al mate para mantenernos juntos... se vienen la despedida de soltera para señoritas. –atontados poco a poco fueron cayendo en la propuesta sin terminar de encontrarle la vuelta–.

Crístóbal eso ya no se hace en boliches con chongos y ca-

chengue. –intervino el Facha Martínez, un apóstol de la noche–.

Sí, pero no hecho por profesionales... podrán disfrazar chongos de bomberos, policías, mecánicos pero nosotros, nosotros somos profesionales de eso con lo que cualquier mujer alguna vez soñó-.

¿Jugadores de fútbol? –dijo Céliz con otro acierto que ya preocupaba–.

¡Exacto! Un plantel profesional de fútbol para el servicio de toda mujer... .

Lamberti pero... ¿eso de ponerse en bolas para las minas no lo hicieron en la película For Monty? –intervino el Chiquito Reta.

Ese auto que nunca se fabricó Chiquito, y no somos como los de la película porque nosotros somos de sangre caliente y no tibios como esos ingleses.

¿Y cómo se supone que vuelva a casa? En la primera de cambios la Esther me pega un voleo en el orto. –dijo Mendieta preocupado por lo suyo.

No sea gobernado Mendieta y tampoco me hagan hablar al pedo. ¿Quieren que arranque con la idea o van a seguir poniendo excusas?

Y vaya si arrancó. Durante más de dos horas, Lamberti recreó un plan nacido del instinto criollo de supervivencia, ese que tantas veces había puesto en práctica armando equipos con retazos de fútbol, y que ahora, adaptaba al momento más delicado de su carrera porque él sabía bien, que era mucho más violento comandar once guerreros en tiempos de paz.

No les pidió una respuesta. Tampoco dejó que se involucren en la propuesta para no condicionar a nadie y los citó para el día siguiente. Mientras se iban despacio, como en sintonía con la quietud de la tarde, Lamberti le dio al pibe Achával el teléfono del Tano Milanessi, un cazatalentos de buenos contactos que podría encauzar su carrera.

Un abrazo espontáneo le nació al pibe haciendo que Lamberti ya empiece a extrañar a ese muchacho al que le había hecho conocer las cuatro comidas diarias, el mismo al que le había enseñado a pegarle con la zurda. Ese hombre que en un tiempito más vería solo por televisión en partidos de la *Champions*.

Esa noche tampoco durmió. Le dio mil vueltas al asunto para no dejar cabos sueltos porque sabía que el margen de error era mínimo. Tenía bien en claro que no había estudios que pudieran garantizar un buen laburo ni contactos para ubicarlos en algún sitio. Salvo el Miga Imperiale que desde un primer momento avisó que se iba con su viejo a laburar en la panadería, ninguno sabía otro oficio.

Con los primeros brillos del día fueron apareciendo. Primero lo hicieron el Hacha y el Feo, que desestimaron el remis cuando vieron la posibilidad de estar cerca de otras mujeres que no fueran sus mujeres ni suegras. Después llegó Oyola y detrás de él vino el resto. No faltó casi nadie salvo los dos volantes que vinieron a préstamo y antes de terminar el último partido ya habían sido reubicados por su representante. Ninguno se lo quiso perder y aunque Lamberti no supiera dónde pudiera terminar todo, sentía que el partido estaba ganado.

El plan fue contado en detalle por un Lamberti que de tanto en tanto hacía una pausa para dejar que Lafuente, carpeta en mano, enunciara en una palabra el siguiente tema a tratar hasta descarnar su idea.

Los falsos amistosos pautados por los próximos meses, servirían de excusa para las supuestas noches de concentración donde llevarían a cabo las despedidas. El lugar lo pondría el Ñato y también en parte el club aunque ningún directivo fuera notificado del asunto. De arranque los clientes llegarían cedidos por el boliche donde la Rata pasaba música, gracias a la clausura facilitada por los contactos que Lamberti tenía con el lado oscuro del municipio, y facilitando el anonimato de sus muchachos, ya que en la ciudad ni registro tenían del club.

Fue un centro a la olla que todos saltaron a cabecear y ante

cada detalle del plan brotaron nuevas ideas. Fue así como el Facha sugirió a las mellizas *Baby* y *Doll*, a quienes Lamberti conocía de la noche. A quienes todos conocían.

También aportó lo suyo Reta que vivía en los fondos del circo Rodó y había hecho buenas migas con el Enano Lllamarada. Echagüe pondría la música, el Hacha junto al Feo la seguridad y Mosconi las coreografías.

Para Lamberti fue un alivio que Mosconi haya tomado la iniciativa porque lo de Mosconi era evidente. En miradas, detalles, modos, todos lo sabían pero el vestuario, que solía ser impermeable a muchos temas, tenía uno muy puntual del que no hablaba. Nunca.

A Solari lo puso Lamberti en la barra por dos atributos excluyentes: era de los pocos que no volvía los lunes con resaca, y además, tenía la visión periférica de marcador de punta. Importante para advertir cualquier tentación sobre las botellas.

Había poco tiempo y mucho por hacer. Entre colectas y mangazos consiguieron lo básico para disfrazar el buffet del Ñato. El Facha trajo una bola de boliche. Amigos de Mosconi facilitaron el vestuario y la alfombra roja la pidió prestada Oyola de un telo, aunque el encargado que lo corrió siete cuadras no estuviera tan a gusto con el préstamo.

El último pedido de Lamberti fue cumplido por Andrade, después de arduas negociaciones. Cristóbal quería una Rolinga para que compartiera escenario junto a él en la apertura de cada evento y la tuvo.

En esa dinámica llegaron a “La noche Marta”, en virtud de la halagada y gracias a Lamberti, quien decía que cada evento debía trascender tiempo y espacio, como esos partidos donde la vida parece hacerse a un costado, para sentarse a ver qué hacemos cuando la pelota nos llega al pie.

Llovía y el repiqueteo del agua contra la chapa, se oía como el rumor de la tribuna, y por un momento el piso del salón se tiñó de verde, y el aroma a mentol de cremas musculares lo invadió todo. Así

lo vivieron cada uno de los muchachos porque Lamberti, tenía la capacidad de transportarlos en cada charla técnica.

Hace tres semanas pasó lo que pasó y lloramos lo que teníamos que llorar pero hoy tenemos revancha y cuando termine la noche quiero que estemos orgullosos de lo que hicimos por el equipo y el compañero. Hoy los quiero atrevidos y sueltos para jugar porque hoy ésta es nuestra cancha y éste es el partido. Es hoy y es ahora muchachos. ¡Vamos a romperla toda! ¡Vamos!.

Cuando Anselmo estacionó el micro y las invitadas comenzaron a ingresar, el *Ñato Fest* se puso a media luz para dejar que Llamarada irrumpiera con su *performance* de fuego entre las mesas, y con el primer guiño cómplice, se llevara una veterana para el fondo sin que nadie pudiera decirle nada, porque a Llamarada lo que le faltaba de estatura lo tenía de picante.

En la atmósfera humeante del boliche dos siluetas comenzaron a bailar sobre el escenario, y en una desenfrenada actuación de ritmo y transpiración, Lamberti mostró todo su *charme* bonaerense en compañía de la Rolinga.

Cada uno en lo suyo, todos hicieron su parte. Salaverry paró en seco a un viejo de la subcomisión de ajedrez y le bajó dos dientes cuando se quejó de la música. Las mellizas *Baby* y *Doll* bailaron toda la noche sobre las tarimas, aunque Lamberti pidió que le quitasen los focos que las volvían más Beatriz y Dolores.

Mosconi fue sin dudas la revelación en un show de travestismo que dejó sin aliento a todos y arrancó la ovación de sus compañeros. Martínez hizo un baile erótico a la agasajada mientras Oyola le ponía su cinta de capitán como liga.

Todo transcurrió según lo planeado y justo cuando llegaba el momento de transformar la salida del túnel de la cancha en “El túnel del amor”, apareció Céliz con la mala nueva y retomando su *standard* de conducta.

Lamberti, la cagué. No sé cómo pero me parece que desca-
deré una vieja. – Lamberti paró a Lafuente (quien ya salía a poner en
marcha el auto), llenó sus pulmones de una pitada y dejó que el hu-
mo libere las palabras-.

Mala mía... me excedí en la arenga pero... una señora sexa-
genaria de dos apellidos sabe guardar bien un secreto... ponela en
un remis y acá no ha pasado nada. – le dijo a Céliz mientras ojeaba
la lista de invitados y antes de volver a mostrar su descamisada ma-
gia en la pista-.

A esa noche le siguieron otras. Las suficientes como para que
los muchachos volvieran al fútbol y Lamberti encuentre en ellas su
refugio, sumándole nuevos eventos y rebusques con jugadores “col-
gados”. Del equipo se hizo cargo Lafuente mientras su amigo le po-
nía nombre a eso que le pasaba, entre desvelos y pesadillas en una
secuencia que repetía hasta el hartazgo.

En una tarde de sol y al asedio de mil lenguas filosas, Lam-
berti se veía manejando una calesita con jugadores de metegol gi-
gantes en lugar de animales. Una calesita sombría, rodeada de mu-
gre y de mugrientos que la hacían estrellar contra un inmenso cartel
donde conseguía ver solo una palabra: descenso.

El psicólogo habló de estrés postraumático y otras yerbas pe-
ro en las tardes de sábado cuando se tumbaba a escuchar el partido
con la radio bajo la almohada, Lamberti tenía bien en claro que eso
que le pasaba tenía que ver con el amor y con el fútbol, con su amor
por el fútbol. Y el amor en ocasiones no juega bonito. <

No le dan pelota

Diego Ianiš

> La pelota subió escalón por escalón hasta detenerse en el anteúltimo. La manga comenzó a inflarse. Cada vez más.
La cancha vacía. En las tribunas papelitos. Las líneas sobre el pasto se despintan. La pelota escondida. Al acecho.
Miró asomada desde el borde. Los jugadores no están. Los jueces tampoco. Rodó hacia el pasto. Pasó la raya e ingresó a la cancha. Llegó hasta el área grande. Peligro de gol. Ta-tá... Cantalo-cantalo... Los postes y el travesaño bajaron hasta incrustarse en la tierra. La pelota entró en un arco sin medida. Es un gol interminable. Hasta el infinito y más. Volvió hasta el círculo central. Cobró gol. Se abrazó y festejo sola. <

Loco, por vos

Dario Di Toro

< Estoy contento, quizás no debería estar contento; mamá y papá se pelean todos los días –seguro que por mi culpa–, pero hoy el Cu me dijo algo que me alegró el día.

El Cu es mi tío. Como se llama Oscar, todos sus sobrinos le decimos el Cu.

Todos vivimos en la casa de mi abuela; nosotros atrás en un departamento chiquito y mis abuelos viven adelante con el Cu, en una casa más grande.

Hoy, mientras jugábamos a las bolitas en el patio de adelante, un poco en secreto me dijo: “Daro, hoy te tengo una sorpresa”.

Él es el único que me dice Daro.

A mí me encantan las sorpresas, no sé por qué, pero me hacen sentir algo en la panza, que me da cosquillas.

Todos los días, jugamos al fútbol con el Cu en un baldío abandonado que está al lado de la casa; hicimos unos arcos de madera con unos troncos y casi parece de verdad. Siempre me gana, pero yo creo que es porque él es más grande, ya casi tiene trece y patea más fuerte.

El Cu es muy buen arquero, él dice que en la escuela siempre se pelean para que juegue en su equipo y que, cuando hacen pan y queso, siempre quien gana lo elige primero.

Él me está enseñado a atajar, me dice cómo tirarme, cómo salirles a los pies a los delanteros y dónde hay que pararse en un cór-

ner. Creo que voy a ser tan buen arquero como el Cu, tal vez mejor.

Él no tuvo la suerte de tener un maestro como tengo yo, aprendió a atajar mirando a Gatti por la televisión.

Me encanta cómo ataja Gatti; los domingos no me pierdo ni un partido de Boca para verlo jugar. Yo uso las medias bajas como él y tengo una vincha que me hizo mi mamá con una remera vieja de Boca, que estaba toda rota.

Mi papá dice que a Gatti le hacen goles boludos y de emboquillada, pero él no sabe nada de fútbol, dice que el negro Baley es mucho mejor arquero y que por eso juega en la selección, pero yo no lo vi nunca atajar con la celeste y blanca. Para mí que papá me lleva la contra porque soy de Boca, él quería que sea de Huracán, pero el Cu es de Boca y además Boca lo tiene a Gatti, y yo quiero ser como el Loco cuando sea grande.

Alguna vez me gustaría verlo en la cancha, sueño con verlo hacer la de Dios; es grandioso cómo abre los brazos frente al delantero y la pelota siempre va a morir a sus brazos. O cuando hace esa otra que despeja la pelota pegándole con el codo. Siempre le pido a mi papá que me lleve a la cancha a ver a Boca, pero él me dice que no, que soy muy chico, que la cancha es muy peligrosa y un montón de otras excusas. A veces me imagino que estoy en la tribuna de Boca, con la remera xeneize y todo, y canto con todas mis fuerzas, como cantan en la tele: "Ole, ole, ole, ole, Loco, Loco".

Quiero verlo atajar en color y no en esa tele vieja y chiquita blanco y negro que siempre se ve con lluvia. Tengo una figurita de Gatti, que es mi preferida, la guardo y la cuido un montón. En la figurita, el Loco está haciendo la de Dios y la pelota está como agarrada al pecho, es como una caricatura. A veces, le hablo, aunque sé que es tonto hablarles a las figuritas, pero mi abuela les habla a las plantas y nadie le dice nada.

Una tarde, cuando terminamos de comer los tallarines (los do-

mingos siempre comemos los tallarines que amasa mi abuela), el Cu me apartó de la mesa y me dijo: “Vení conmigo, vamos a dar una vuelta”.

Nos subimos a la bicicleta y salimos a la calle.

El Cu tiene una bicicleta, es verde y está un poco oxidada; le puso de nombre Elizabeth, no sé cómo se le ocurrió ponerle nombre a una bicicleta, pero él es así. El Cu maneja y yo siempre voy atrás, y aunque andamos por todo el barrio, hay límites que no podemos pasar.

Esa tarde, salimos por Donovan, fuimos a buscar al Tano Mastropiero, que es un amigo de la escuela de mi tío. Le tocamos timbre y salió con su bicicleta, que es un poco más nueva que la nuestra y no tiene ningún nombre.

“Listo para la aventura”, dijo en cuanto vio a mi tío.

Yo no sé a qué aventura se refería.

Pedaleamos a paso tranquilo hasta Bustamante y, siguiendo muy de cerca al Tano, doblamos por Lacarra; hasta ahí llegaba el límite, hasta ahí nos dejaban llegar. Hasta la Iglesia, hasta ahí podíamos ir sin pedir permiso.

Hicimos un montón de cuerdas por Lacarra; yo, desde la parte de atrás, veía cómo nos alejábamos del barrio. Llegamos hacia una avenida que tenía muchos autos, nunca habíamos andado por ahí, no voy a negar que tenía un poco de miedo, pero sabía que el Cu no iba a dejar que me pasara nada.

Cruzamos siete puentes seguidos, uno al lado del otro, no lo podía creer. ¡Cómo le costaban al Cu las subidas!

En ese momento, empecé a sospechar que íbamos a hacer algo que no habíamos hecho nunca. Nos alejamos mucho de casa, nunca habíamos llegado tan lejos con la bicicleta y sin avisar. Pero el Cu es grande, sabe lo que hace.

Los nombres de las calles que leía en los carteles me sonaban extraños: Gutenberg, Alsina. ¿Quién las conoce?

Después de cruzar todos los puentes, nos metimos por calles

mucho más chiquitas y sin nombres. Ahí vi algo que me sorprendió, un montón de personas enroscadas en banderas y con camisetas rojas, todas caminaban y cantaban juntas “dale rojo, dale ro, dale rojo, dale ro”.

No entendía bien qué hacíamos por ahí y por qué habíamos pedaleado tanto, viajando tan lejos, traspasando los límites del barrio. No quería ni pensar lo que me iba a pasar cuando papá se enterase.

Los colores me hipnotizaban, me di cuenta de que eran hinchas de Independiente. Pero mi cabeza no lograba ver con claridad lo que estaba pasando. Habíamos dejado atrás el barrio sin permiso y eso me ponía nervioso. No entendía bien para qué habíamos viajado hasta ese lugar tan lejano.

El Tano nos llevó hacia un baldío que él conocía muy bien, porque decía que los abuelos vivían cerca y conocía un lugar secreto. Dejamos las bicicletas atadas con una soga y tapadas con unas ramas de un árbol seco que había por ahí; ni se veían. Me daba lástima dejar sola a Elizabeth, pero al Cu no parecía importarle.

Caminamos unas cuadras por calles de adoquines, los cantos de las tribunas se escuchaban cada vez más fuerte. ¡Hasta el piso vibraba! Pasamos por debajo de un alambrado, haciendo cuerpo a tierra como en las películas de guerra. Parecía que el Tano conocía bien el lugar. El Cu me levantó el alambrado para que yo me arrastrara por debajo y no se me enganchara la ropa con el alambre.

Llegamos a un lugar donde había unas piletas enormes, aunque el agua estaba sucia. El sonido era realmente fuerte. Desde ahí, pasamos entre dos tablones que hacían como de pared, pero estaban muy gastados, rotos y sueltos. El Tano sabía lo que hacía, el Cu y yo lo seguíamos sin decir una palabra. “Ya estamos adentro”, dijo el Tano con una sonrisa que le ocupaba toda la cara.

Un montón de personas saltaban sobre tablones de madera; todos eran muy grandes, muy parecidos a los que habíamos visto afuera. Rojos por todos lados.

—Tío, ¿qué hacemos acá?

—Vinimos a ver un partido —me respondió sonriente.

—Pero están todos de rojo, son todos de Independiente, yo no quiero ver un partido de Independiente —le dije indignado y a punto de llorar.

Encima, me iban a castigar por algo que no quería.

—Mirá enfrente —me dijo el Cu mientras me señalaba la tribuna contraria.

—No veo nada. ¿Me levantás?

Entre mi tío y el Tano, me levantaron a upa para que pudiera ver el espectáculo.

A medida que mis ojos empezaban a ver las banderas, los colores me iban dejando mudo. Mi corazón se detuvo. Nunca lo había imaginado de esa manera: banderas azules y amarillas flameando bien alto, y una lluvia de papelitos cayendo desde el cielo.

Me costaba respirar, sentía mariposas en el pecho. Era una sensación rara, pero nunca más la volví a sentir. Entendí en ese momento qué era eso que los grandes llaman *amor a primera vista*.

La tribuna estaba completamente llena de personas y separada de la cancha por un zanjón lleno de agua; debajo nuestro, pasaban hinchas de Boca; desde arriba, el Tano se asomó, como quien se asoma a un balcón, y le afanó un gorro a un bostero que, entre la marea de gente, no pudo hacer mucho.

El gorro era de lana gastada y sucia, pero tenía los colores que me habían cautivado. El Tano agarró el gorro con las dos manos y me lo puso en la cabeza.

Ahí estaba yo con un sucio gorro de Boca en la hinchada de Independiente sin darme cuenta todavía por qué estaba ahí.

Miré hacia la cancha y no había ningún jugador, solo un par de chicos haciendo juguetito con la pelota. Había algunos fotógrafos, algunas cámaras de televisión, pero no veía a nadie vestido para jugar.

—¿Por qué no hay jugadores en la cancha? —le pregunté al Cu.

—Porque es el entretiempo, salen en un ratito, quedate tranquilo. Vas a poder ver atajar al Loco Gatti. ¿Estás contento?

Recién en ese momento me di cuenta de todo. Empecé a entender el viaje, la entrada y el esfuerzo por llegar adonde estábamos. Iba a ver atajar al Loco Gatti en vivo y en color. ¿De qué color serían esas medias que él siempre usaba bajas? ¿Cómo sería su vincha? ¿Y el buzo de arquero? Para mí, era siempre color gris.

Me empecé a reír de alegría solo como un loco. ¡Al fin lo iba a ver! Había esperado toda mi vida este momento. ¿Y si hacía la de Dios? A lo mejor, tenía suerte y despejaba una pelota con el codo.

Subimos un par de escalones porque queríamos ver mejor.

Salieron los jugadores a la cancha y se ubicaron en sus posiciones; yo los conocía a todos, pero solo me importaba uno. El réferi hizo sonar el pito y empezó el segundo tiempo.

Cuando miré hacia el arco de Boca, tratando que mis ojos al fin lo encontraran, no lo vi. Estábamos cerca del arco de Boca, pero el que estaba debajo de los palos no era Gatti.

Tenía el pelo corto, las medias subidas, el número doce en la espalda y no usaba vincha.

—Che, Cu. ¿Ese no es el Loco, no?

—No, Daro, no sé qué paso —me dijo tan decepcionado como yo.

Mi tío también se había dado cuenta de que había un farsante en el arco de Boca y no supo qué decirme.

El Tano, al ver nuestra inmovilidad y nuestra decepción, se acercó a un señor que estaba parado en un borde de la tribuna. El señor tenía puesto un gorro y una bufanda de lana roja, en la mano tenía una radio y un cable blanco que le entraba en la oreja.

—Señor. ¿Sabe cómo va el partido?

—Uno a cero gana el rojo, pibe.

—¿Sabe por qué no está jugando Gatti?

—¡Sí, claro, chocó con la rodilla de Astegiano en el primer tiempo y se quebró la mandíbula! ¡Menos mal!, porque se estaba atajando todo el Loco.

Lo miré al Cu a los ojos y los vi tristes, su mirada me hizo acordar la mirada que tienen los perros cuando lo agarran los tipos de la perrera.

Habíamos cruzado los límites de nuestra ciudad, habíamos desobedecido a nuestros padres, y todo por nada, no teníamos ni siquiera un premio consuelo.

El partido continuó, pero a mí no me importaba. Vi a un extraño atajarle un penal a Pavón y el resultado final fue uno a uno, y aunque tendría que haber estado contento por mi primera visita a la cancha, por el descubrimiento de un mundo nuevo lleno de imágenes, de colores y de sonidos que no conocía (y nunca más olvidé), nos fuimos de la cancha como si hubiésemos recibido una goleada.

La vuelta a casa fue en silencio y con un sabor amargo en la boca, como cuando perdemos contra quinto A. Nos despedimos del Tano en el puente Gerli y emprendimos la vuelta a casa. A medida que nos acercábamos, empecé a sentir otro tipo de miedo. En la puerta de casa, nos esperaban, asustados, mamá, papá y la abuela; sabía que no nos aguardaba nada bueno.

Pocos son los recuerdos que me dejó papá después de su partida, pero ese es el más real. Lo recuerdo retándome en su habitación con las ventanas bajas, bajo un tenue rayo de luz que entraba a través de las cortinas. Por suerte, no me pegó, pero fue peor: pasó un montón de días sin hablarme. Un mes sin salir a la vereda y una semana sin postre fueron los castigos que acepté sin chistar. Al Cu le prohibieron la bicicleta hasta el verano.

Yo no entiendo muy bien a los grandes, te dicen que tenés que luchar para lograr tus sueños y cuando intentás cumplirlos, sin que nadie te ayude, te retan y te castigan.

Me enojé con Gatti. ¿Por qué nos hizo eso? Solo quería verlo una vez. ¿No podía haber aguantado un poco? ¿No podía seguir jugando?

Esa misma noche, apreté la figurita entre mis manos como para romperla, no pude romperla del todo, pero la abollé y la dejé abandonada en el cajón de la mesa de luz. Estaba muy enojado.

Igualmente, seguí viendo los partidos cada domingo por la tele, aunque ya no era igual, algo había cambiado. Entendí esa frase que le escuché a mi papá decirle a mi mamá el día que nos abandonó: “Nuestra relación ya no es la misma, algo se rompió”.

Dos años después, pasó algo que cambiaría todo. Era el 11 de septiembre del 77 y Boca jugaba contra el Cruzeiro la final de la Copa Libertadores. Era de noche y nos quedamos con el Cu mirando el partido en el comedor mientras todos dormían.

Fue un partido durísimo y terminamos empatados. Llegaron los penales.

Tenía unos nervios que no me quedó ni una uña sana. Después del penal que metió Felman, llegó el último penal. Yo le tenía una fe bárbara al Loco porque sabía que era el mejor. Si había alguien que podía darnos la copa, era él.

El brasilero caminaba hacia la pelota como desganado, sabía que tenía enfrente al más grande. Gatti le adivinó la punta, se tiró para la izquierda y le atajó el penal.

Campeones de América. ¿Sabés lo que significa eso? Nos abrazamos con el Cu y lloramos juntos mientras los jugadores daban la vuelta olímpica. Yo fui corriendo a buscar la figurita que había quedado tirada en el cajón, la agarré, la alisé con la mano y, llorando de la emoción, le dije: “Gracias por esta alegría. Te perdono, Loco, ahora estamos a mano”.

Mi primera camiseta de fútbol

Juan Antonio Kopinic

< Yo tenía siete. Jorge Ginarte diez más y empezaba a jugar en Los Andes. Era mi vecino y por ende mi ídolo de la infancia. Mi abuela quiso comprarme mi primera camiseta de fútbol. El vendedor me preguntó: ¿De qué equipo? No lo recordaba. “Empieza con R” le digo. Me entrega la de River. Y quedé fascinado. A la tarde me la puse y salí a la puerta para que Jorge me viera. “¿Qué te pusiste? ¡Sacate eso!” Me dijo enojado. Pero vos, ¿de qué cuadro eras? Le pregunté dubitativamente. “De Racing” me responde. Era con R. ¡Bueno! Le digo orgullosamente; “Yo desde ahora soy de River.” Era 1957. Tercer título consecutivo. Pasaron 18 largos años par volver a verlo campeón. Cuando el 57 se transformó en 75. <

La última noche en Lisboa

Ezequiel Mandelbaum

> La última noche en Lisboa empezaba a mejorar. Al menos esa fue la sensación que tuve cuando, faltando pocos minutos para que empezara el partido, Camila me propuso que probáramos en el bar de un hotel. Apenas entramos vi que había una buena tele ya sintonizada en el único canal que milagrosamente transmitía el partido, y una buena barra para que ella se pudiera entretener durante los noventa minutos. Ciento veinte si íbamos al alargue. Había algo más que hacía del bar el sitio perfecto: una parejita de chilenos sentados en la barra. Cuando en la tele enfocaron a su selección, se agarraron de la mano, bajaron de las banquetas y empezaron a cantar el himno a los gritos. Camila se los quedó mirando con los ojos bien abiertos. Camila era colombiana. Colombia había quedado afuera del torneo en cuartos de final. Pero eso no tenía nada que ver. Simplemente odiaba el fútbol. Y en particular odiaba que Argentina hubiera llegado a la final de esa Copa América, y que ese partido coincidiera con nuestra última noche en la ciudad donde unas horas antes me había dicho: “¿Y si intentamos vivir acá?”. La última noche en Lisboa era también la última noche de un viaje que desde el vamos se había presentado como nuestra última oportunidad.

Mientras Camila pedía en la barra un prosecco para ella y un gin tonic para mí, busqué dos sillas desde donde pudiera ver el partido y al mismo tiempo a los chilenos. Tener al enemigo cerca era un lujo inesperado y no lo pensaba desperdiciar. Ya me había hecho a la

idea de tener que ver la final en la laptop, con delay, pixelada, en una de esas páginas llenas de virus, probablemente acostado en la cama del Airbnb y con Camila leyendo y comentándome pasajes de su libro de budismo zen. Estar en un bar viendo el partido en vivo, con Camila más o menos feliz con su prosecco, con una parejita chilena a la que gritarle los goles, era mucho más de lo que había esperado de esa noche. Y sin embargo, todavía me faltaba una sorpresa, algo de lo que tomé conciencia solo cuando empezó a sonar el himno argentino: la tele estaba puesta con volumen. Desde que me había ido a vivir a Colombia en un intento desesperado porque lo nuestro con Camila funcionara, tenía que ver los partidos de Argentina sin volumen. Y uno pensaría que al fin y al cabo se trata justamente de *ver* el partido. Pero no, si no escuchás a la hinchada, al relator nombrando a cada jugador que recibe la pelota, las reflexiones casi siempre forzadas del comentarista, no estás viendo el partido. Yo empezaba a sospechar que los mozos de los bares colombianos sabían de esto, que lo habían detectado antes que yo, quizás con algún otro extranjero que intentó salvar su relación viviendo en Bogotá, y que esta era una tortura que se habían inventado para nosotros, los *jueputa* que nos queríamos quedar con sus mujeres. Por eso, cuando en el bar de un hotel de Lisboa descubrí que iba a poder ver la final con sonido, me sentí tan feliz que me paré y empecé a cantar mentalmente nuestro himno, mientras la cámara enfocaba a Messi que, como yo, prefería seguir el ritual en un conmovido silencio.

La primera jugada clave fue para Chile. Y no me refiero solo al partido. Apenas volvió Camila con nuestras copas me di cuenta de que yo jugaba con uno menos. Camila quería hablar conmigo, de cualquier cosa, incluso hizo un esfuerzo por entender qué estaba pasando, si la *Pulga* iba a hacer gol, si *Fideo* andaba bien, pero yo sabía que era más porque le causaban gracia esos apodos que por un real interés en el desarrollo del partido. Ellos, la parejita, no se mira-

ban ni siquiera cuando se estaban diciendo algo. Respetaban la regla tácita del hincha que solo habla mirando a la pantalla para no perderse ninguna jugada. Las cosas que me decía Camila, en cambio, me obligaban a mirarla de vez en cuando. En un momento el chileno me vio, nos vio en esa charla, y sonrió con un sarcasmo evidente. El enfrentamiento ya estaba instalado desde que me paré en el himno, pero recién ahí, cuando el tipo se avivó de que ellos eran dos y nosotros, de una manera extraña, solo uno, empezó a buscarme con la mirada, a desafiarme. Casi al mismo tiempo ocurrió la jugada de Vidal: media vuelta de zurda que sacó Romero abajo a la izquierda. Los chilenos saltaron y se agarraron la cabeza. Inmediatamente se tomaron de nuevo de la mano. Yo me hundí en la silla. Camila exclamó: “¡Chiquito!”. *Chiquito* Romero le gustaba por lindo y porque también tenía un apodo gracioso. En seguida vino la patada de Medel a Messi, un golpe de karate en el pecho de Dios. La cosa mejoraba, porque Camila, que podía no entender nada de fútbol, pero empatizaba fácil con el sufrimiento de cualquier ser viviente, se tapó la cara y después me abrazó. El chileno nos miró de reojo y lo vi sonreír primero por la patada y amargarse luego cuando notó que esa jugada desleal nos había unido como pareja y como hinchas. Pero el asunto quedó en un amague. Lo cierto es que Chile tenía la pelota, que Valdivia se paraba atrás de Mascherano y manejaba los hilos, y que la parejita estaba de nuevo abrazada mirando el partido con una tensión y un sentimiento de cofradía que solo pueden tener las personas que se criaron en un mismo país. Nosotros ya estábamos de nuevo como al principio, Camila distraída con su prosecco, y yo masticando el hielito del gin tonic y la bronca de este partido de mierda.

Me terminé de convencer de que la cosa no iba a mejorar cuando Di María tuvo que salir lesionado. Fue un doble golpe, porque por un lado estaba esa sensación de tragedia griega, de esto ya lo viví y termina como el orto, y por otro lado, estaba el problema de que

el que entraba por *Fideo* era el *Pocho* Lavezzi. Camila, como casi todos los seres humanos después del Mundial de Brasil, estaba enamorada del *Pocho*, y no tuvo mejor idea que, al verlo precalentando, decir en voz alta “¡mi novio el Pocho!”, justo al mismo tiempo que el chileno nos estaba mirando. Fue un segundo nomás y apenas se sonrió, pero enseguida le susurró algo al oído a su novia. Algo que a ella le causaba muchísima gracia y que era evidente que tenía que ver con nosotros, aun cuando la chica se aguantó toda la historia sin dirigirnos ni una vez la mirada. Camila no registró nada, solo se percató de que su prosecco y mi gin tonic se habían terminado y aprovechó para ir a la barra y pedir otra ronda.

Cuando volvió con las copas, Chile estaba de nuevo dominando el encuentro, y la sensación de que la lesión de Di María era un mal presagio parecía haber invadido a nuestros jugadores. Camila estaba de repente muy callada. Si me hablaba no podía enfocarme en la tele, pero ese silencio me desconcentraba todavía más. Lo más probable era que ese tiempito en la barra se hubiera puesto a pensar en el día siguiente, en lo que nos esperaba en Bogotá, en nuestra propia tragedia griega, que era, me daba cuenta en ese momento, el hecho de que cuando me dijo de quedarnos en Lisboa para probar una nueva vida ahí, yo no le respondí, y eso tenía que haber sido para ella como un desgarró de Di María en plena final, la confirmación de que este viaje iba a terminar igual que las veces anteriores, mirando el trofeo de reojo y sin saber si íbamos a tener fuerzas para intentarlo otra vez o si terminaríamos dando un paso al costado y dejando lugar a una nueva generación de jugadores. Supe que a ese silencio había que cortarlo, que si estábamos un minuto más así, se iba a volver irremontable. Moví mi mano por la mesa hasta casi tocar la mano de Camila. Supuse que si nuestras manos se juntaban, todo se iba a solucionar mágicamente. Pero no llegué a probar mi teoría, porque Pastore pisó la pelota en el área, hizo pasar a un defensor, habi-

litó a Lavezzi y éste, todavía frío, pateó al lugar exacto donde estaba el arquero. Los chilenos gritaron, ella incluso se cayó de la banqueta. Camila se tapó la boca con la mano que un segundo antes intentaba alcanzar, y yo usé la mía para pegarme en la frente.

Festejé mentalmente que llegara el entretiempo. Pensaba usar esos quince minutos para hablar con Camila. Pero no pude. Un grupo de siete personas, cuatro mujeres y tres hombres entraron al bar. Cada uno llevaba un instrumento, casi todos violines y violonchelos. Enfilaron para el lado de la tele. Lo pispeé al chileno, pero él no miraba a los músicos, estaba charlando con su chica. Volví a mirar al grupo y descubrí que el espacio donde estaba la tele era también un escenario. El acorde final de esta melodía endemoniada lo dio el barman al poner la tele en silencio. *O sea*, pensé, *estos son más turros que los colombianos*. Tele muda y orquesta tocando en vivo, era una forma de crueldad que nunca había visto. Camila, que venía siguiendo mi cara de horror, me preguntó así como quien no quiere la cosa si Cristiano Ronaldo no era acaso portugués, y si no era, como se decía en todos lados, el archienemigo de Messi. *Mi novia es una genia*, pensé. *O una paranoica importante*. Me quedé con la primera opción cuando vi que los chilenos no se movían de su lugar. Parecía que pensaban ver el segundo tiempo en esas condiciones infrahumanas. ¿Serían realmente chilenos, o solo un par de viajeros que habían decidido emborracharse y alentar a un equipo cualquiera, tal vez al de la camiseta más parecida a la de su país, o al equipo más débil, o, por qué no, al equipo rival de la primera pareja que apareciera esa noche en el hotel?

Camila se tomó de un trago el prosecco que le quedaba, se calzó la cartera, me agarró de la mano y me sacó del bar. Yo la seguía como un chico, confiando en que supiera lo que hacía. Caminábamos rápido, en silencio, para el lado del Airbnb. Yo miraba cada bar, cada vidriera, pero todo Portugal parecía ajeno al partido que defini-

ría al campeón del continente que alguna vez les resultó tan interesante. Un bar me llamó la atención. Estaba completamente vacío, solo se veía a un tipo detrás de la barra, aburrido, con la mirada perdida en una pared que yo no alcanzaba a ver, pero desde donde venía la luz de un televisor. Le dije a Camila que me esperara y entré. En la tele estaban dando Forrest Gump, y eso me pareció una buena noticia porque el tipo la tendría que estar viendo al menos por segunda vez, no era que mi propuesta iba a arruinarle un estreno. En algo similar al portugués (las pocas palabras que había aprendido viendo declaraciones de jugadores brasileños en Copa Libertadores) le pedí el favor de que me pusiera el partido (el *jogo*) a cambio de consumir un gin tonic y un prosecco. El tipo pareció entender porque me pasó el control remoto y después se puso a servir los tragos. Salí a la puerta y le dije a Camila que nos podíamos quedar ahí. Ella miró unos segundos hacia el interior del bar solitario. Al final bajó la cabeza y me dijo que me esperaba en el departamento. Solo eso, que me esperaba allá, y que tuviera en cuenta que el vuelo salía temprano. Me dio un beso en la mejilla y se fue. Yo me quedé ahí parado un momento y después entré. El tipo ya había servido las copas. Pensé en explicarle por qué había pedido dos bebidas cuando en realidad iba a ser uno, pero mi precario manejo del idioma me permitía encarar una sola batalla, así que elegí la del volumen. No hubo caso, entendió en seguida mi deseo de ver el partido con sonido, pero me dijo que no, y dijo algo más que no entendí, algo con la palabra *festa* y que supuse que se refería a que si ganábamos me dejaba subir el volumen en el momento del festejo.

Así que ahí estaba, sentado solo en la barra de este bar, mirando el partido en una tele de veinte pulgadas. Y en silencio. El segundo tiempo arrancó bastante parecido al primero, pero peor, y me pregunté si no debería haberme quedado en el otro bar con la orquesta y los chilenos y Camila. Argentina ahora corría atrás de la pelota,

Mascherano había perdido definitivamente el mediocampo y Messi lucía desorientado. Era un embole y un sufrimiento. Le pedí al barman el wi fi del lugar. Primero pensaba mandarle un mensaje a Camila, algo tipo *qué bien hiciste en irte, esto es un desastre*, pero me pareció que era caer demasiado bajo. Aproveché la conexión para seguir los comentarios que hacían otros argentinos en Twitter. Durante unos quince minutos me sentí acompañado por ese grupo anónimo que llenaba caracteres en mi idioma materno, en ese español argentino y futbolero tan distinto a todos los demás. Pero me empecé a sentir incómodo con las puteadas a los chilenos y a nuestros propios jugadores. De alguna forma, ahora que no estaban Camila ni la parejita, yo había bajado la guardia y volvía a mirar el mundo como el que era desde que vivía en Colombia, un tipo que ya no sabía bien a dónde pertenecía y que veía algunas de nuestras costumbres con los ojos de un extranjero. Cuando entró Higuaín por Agüero y la mayoría empezó a putearlo, guardé el celular. Fue eso y también el haber visto que Camila estaba en línea pero no me escribía. Ni siquiera estaba leyendo su libro; ¿para qué se había ido? ¿Estaría contándole a una amiga que finalmente había tomado una decisión?

En el partido no pasaba nada. En el bar, en cambio, empezaba a haber movimiento. Un grupito de cinco flacos entraron y fueron directo a la barra. Pensé que a lo mejor venían a ver el partido, pero apenas se hicieron con sus tragos se fueron para el fondo. Después otro grupo con una actitud parecida. Y después otro. Cuando ya habían entrado unos veinte tipos, el barman se me quedó mirando un momento. Me miraba como examinando una alacena donde hubiera encontrado una lata que no recordaba haber comprado. Luego se agachó y, supongo, movió la perilla de un dimmer y la de una consola. Cuando volvió a aparecer por encima de la barra, la luz del lugar había bajado y el volumen de la música estaba al palo. Volvió a mirarme y, con una enorme sonrisa, me dijo: *Festa*. O eso entendí, por-

que ya no se escuchaba nada más que la música electrónica y la oscuridad no me permitía leerle los labios. Algunos flacos se pusieron a bailar, otros siguieron charlando, solo que ahora lo hacían a los gritos, o acercando sus bocas hasta casi tocar las orejas de sus amigos. Ninguno miraba la tele.

Cuando se produjo una nueva tanda de tipos entrando al bar, se me ocurrió que la escena era una buena excusa para escribirle a Camila. *¿Puede ser que el bar sea una discoteca gay?*, le mandé. *Obvio, ¿no viste los osos?*, me respondió y en seguida se desconectó. *¿Qué osos?* Yo solo había visto que el bar tenía una tele. Pero Camila tenía razón: las paredes estaban repletas de osos de peluche. El bar era una discoteca de osos. *¿Qué otras cosas sabía ella que yo no? ¿Qué más se me estaba pasando?* Como para confirmar lo intuitivo, un barbudo de un metro noventa, el tipo de oso que aparecería en un folleto de osos, entró al bar solo y, sin sacarme la vista de encima, se sentó al lado mío. Lo vi entrecerrar los ojos mirando a la tele, y sonreír cuando alcanzó a leer lo que decía la pantalla. “¿Argentino?”, me preguntó en un español con acento extranjero pero que a la vez tenía algo que me resultaba familiar. Le respondí que sí sin sacar la vista de la tele. Pensé que se iba a ir pero seguía ahí, mirando el partido. Entonces sucedió la primera jugada de gol del segundo tiempo: Aránguiz metió un pase bárbaro para Alexis Sánchez que agarró la pelota de volea y se le fue apenas al lado del palo. Escuché al oso suspirar con alivio y tirar un “zafamos”, así en primera persona del plural, y en argento. No le respondí e hice como si no me hubiera llamado la atención su manejo del lunfardo. Unos segundos después, me dijo: “disculpá, pensé que estabas solo”. Ahí sí me di vuelta con la intención de decirle que no se ofendiera pero que realmente quería ver el partido, que estaba ahí medio de casualidad, pero me frené cuando vi que no me estaba mirando a mí sino a la copa de prosecco de Camila que había quedado en la barra. “Tomalo si

querés, era para mi novia pero ya no va a volver”, le dije, y en el momento me arrepentí de haber dicho *mi novia*, pensé que podía sonar homofóbico, como una aclaración innecesaria que en el fondo quería decir: “flaco, me gustan las minas”. El oso no pareció molestarse. Me miró con ternura y me dijo: “Qué mal que se fue, se está perdiendo la final”. Agarró la copa, brindó con mi gin tónico casi vacío y exclamó: “por el amor... al fútbol”. Y se empezó a reír solo. Le festejé la ocurrencia con una sonrisa y volví a mirar la tele. El partido se estaba terminando y entraba en esos minutos finales donde puede ser para cualquiera, donde ya no importa mucho cómo jugó cada uno; cualquier error, cualquier avivada, cualquier ataque puede torcer el destino en un segundo. Estaba pensando en eso cuando Messi agarró la pelota en mitad de cancha, encaró a toda velocidad para el arco y encontró, por primera vez en todo el partido, a la defensa chilena mal parada. “Hacelo vos, Lío, no la pases”, gritó de repente el oso y me llamó la atención que le dijera Lío y no Messi, y también que tuviera un conocimiento tan profundo de la psicología de nuestros jugadores, porque los dos que acompañaban eran el Pocho Lavezzi y Pipita Higuaín, y era evidente que con el mundial a cuestas, ninguno de los dos estaba en condiciones de definir bien en el último minuto de una final. Pero Messi no podía escucharnos, e hizo lo que pedía la jugada: juntó a los rivales y soltó un pase perfecto para el Pocho, quien se sacó el problema de encima haciendo otro pase, obligando a Higuaín a definir desde el piso y sin ángulo. “¡Por el amor de Deus, Pipa!”, gritó el oso en el momento en que Higuaín mandó la pelota contra la red pero del lado de afuera. El hecho de que le dijera Pipa a Pipita, como cuando una madre llama con el nombre completo a un hijo que acaba de mandarse una travesura, me hizo darme vuelta, mirarlo fijo y finalmente preguntarle: “¿De dónde sos?”. Él sonrió y solo dijo: “De acá”.

En seguida terminó el segundo tiempo, y en el ratito en el que

los jugadores se preparaban para el suplementario, el oso se explayó: era portugués, sí, pero había estado en pareja con un argentino durante cinco años. Incluso había vivido un tiempo en Córdoba en una comunidad que se dedicaba a la permacultura a la orilla de un río de montaña. Cuando comprobaron que tampoco ahí terminaban de hallarse, intentaron vivir en un territorio neutral y para eso eligieron otra Córdoba, la de España. Hacía cosa de un mes habían puesto fin a la relación y él se había vuelto a vivir a Lisboa. Se llamaba Joao, y su ex novio lo llamaba Joaco, cosa que nunca terminó de entender del todo. Joao había seguido la campaña de Argentina en esta Copa América para extrañar un poco menos, pero descubrió que ver los partidos lo entristecía más, así que había decidido no ver la final. “Pero acá estás, Joaco, viendo la final, y con un argentino”, le dije sonriendo y volví brindar con él. Joao me devolvió la sonrisa y se bajó de un trago el prosecco caliente. Después pidió una nueva ronda y no me dejó pagar.

Durante el alargue, Argentina se dedicó a resistir. Ya no teníamos cambios y nuestros jugadores estaban extenuados. Yo también empecé a sentirme entregado. Camila no me escribía y la música electrónica en combinación con los gin tonics me estaban martillando el cerebro. Le conté esto a Joao. Esto y todo lo demás. Le conté de Camila, de Bogotá, del viaje a Europa como un último intento, del vuelo que teníamos que tomar en unas pocas horas, de ese súbito deseo de no tener que decidir qué iba a pasar en adelante con mi vida. “¿Y si van a penales?”, me dijo de pronto Joao. “¿Y si van tú y Camila a penales también?”.

Al principio la idea me pareció ridícula, pero cuando Mascherano, agotado, pifió mal un despeje y lo dejó solo a Alexis Sánchez, pensé que si no terminaba en gol, entonces le iba a hacer caso a este portugués desconocido. Alexis pateó por arriba del travesaño. Así que le dije a Joao que sí, que íbamos todos a la lotería de los penales. Si ganaba Argentina, correría al Airbnb a decirle a Camila que nos

quedábamos en Lisboa, que trabajaríamos de cualquier cosa con tal de que la relación se salvara en ese territorio neutral. Si ganaba Chile, al llegar a Bogotá me tomaría otro avión a Buenos Aires y me despediría de ella para siempre. Joao me dijo que aunque no nos diéramos cuenta, todo se terminaba resolviendo por cosas tan fortuitas como una ronda de penales. Y después volvió a brindar conmigo, esta vez en silencio, los ojos clavados en la tele donde el árbitro dictaminaba que estábamos en tiempo cumplido.

Los chilenos patearon con seguridad, amparados por el aguante de la hinchada local. Nosotros, en cambio, terminamos de entregarnos del todo. Solo Messi intentó mantener la resistencia pateando fuerte y abajo, esquinado. Pero Higuaín la tiró a la tribuna y Banega se la regaló al arquero. Mientras los chilenos festejaban la primera Copa América de su historia, la cámara se quedaba con Messi que tenía, supuse, la misma cara que yo. No quise ver más, me tomé lo que quedaba de gin tonic y le dije a Joao que me iba. Le di un abrazo. Cuando enfilé para la puerta, me puso una mano en el hombro y me dijo: “Es tu última noche en Lisboa. ¿Puedo invitarte una última copa en otro bar?”. Miré la hora en el celular. No había mensajes de Camila y todavía quedaba un buen rato para tener que ir al aeropuerto. Aun así, dudaba. Estaba cansado, triste e inquieto por todo lo que iba a cambiar a partir del día siguiente. Pero entonces los vi: la parejita de chilenos pasaba por la calle de enfrente. Iban abrazados, caminando en zig zag, cantando algo, visiblemente felices.

Lo miré a Joao y le dije: “vamos”.

Despelotados

Gustavo Grosso

> A las cuatro era el partido contra los del barrio Santa Marta y no había pelota. La de cuero de Julito estaba rota; a Guillermo, el padre no le prestaba la nueva; los mellizos tenían una pero estaban de vacaciones. No había pelota y estos putos iban a decir que arrugamos. La última chance era entrar por la ventana a la hora de la siesta a lo del Mono y robar una. ¿Y el perro del Mono? ¿Qué hacemos con ese perro que ladra como loco apenas escucha una mosca?

Esa tarde ganamos 2 a 1 con gol de Pablito sobre la hora y el perro del Mono durmió hasta la noche porque la pastilla que le enchufamos era para un caballo. Y hasta tuvimos tiempo —Julito fue— de volver a entrar a la casa del Mono y dejar la pelota en el galponcito del fondo.<

Son tristes las despedidas

Joel Kotlar

> La cobertura que me proponen los editores de la revista “5-4-1” no es algo de todos los días. Quieren que esté presente en el partido despedida de Pak Nam-choi, hijo del mítico Pak Doo-ik, el del gol que eliminó a Italia en el Mundial '66. En Corea del Norte, el autor de aquel tanto en Middlesbrough ocupa en el corazón del pueblo un sitio similar, a nivel deportivo, al que tiene el padre de la patria, Kim Il-sung. Y así como en el poder se respeta a la dinastía, en los campos de fútbol se sigue la misma tradición, y el último partido de Pak Nam-choi será una fiesta.

A la hora de preparar el viaje, intento investigar la trayectoria del homenajeado, pero después de largas horas frente a la computadora no encuentro gran cosa. Marcador de punta derecho de 35 años -Pak Doo-ik lo tuvo ya grande, a los 39—, evidentemente el reconocimiento se lo debe a su padre. Ha pasado por dos equipos de Primera y ocho del ascenso norcoreano, no obtuvo títulos y apenas cuenta con una convocatoria a la selección, sin haber llegado a vestir la camiseta de su país. A diferencia de su progenitor, que no es ni fue dentista como se difundió desde medios italianos, Pak Nam-choi sí hizo la carrera de odontólogo. Llego al dato a través de una noticia sobre denuncias por mala praxis.

Emprendo el vuelo, medianamente conforme con la información que logré recabar, pero cuando llego a Pyeongchang me percató de que debí haberme tomado algún tiempo más en mi investi-

gación. Así hubiera evitado confundir esta ciudad de Corea del Sur con Pyongyang, la capital de Corea del Norte. Sólo 295 kilómetros separan a ambos destinos, pero las leyes del país gobernado por Kim Jong-un me obligan a trasladarme hasta Pekín para finalmente ingresar a la Corea comunista.

Me recibe quien será mi colaborador y traductor durante la cobertura, un estudiante de periodismo llamado Ke Seung-ki, quien se presenta hablando en un correcto español y me pide que por favor lo llame “Quique”, castellanizando su nombre. Para darle charla, le pregunto si oyó hablar de Quique Wolff o de Quique Hrabina. “Wolff y Hrabina, no. Dapiaggi, sí”, me contesta, y me llevo la primera de muchas sorpresas que viviré a lo largo de mi estadía. Inexplicablemente, el programa llamado “De mi pago con humor” fue furor en Corea del Norte hace algunos años, y todos saben el chiste del paisano que fue a una farmacia a comprar supositorios.

Faltan cinco horas para que empiece el partido y Quique me lleva a pasear por el centro de Pyongyang, que llama la atención con sus enormes y coloridos edificios. Verdes, azules, rosas, amarillos, como si a la ciudad la hubiese diseñado un chico empeñado en estrenar todas las tóperas que le acababan de regalar. Vamos a comer al restaurante “Rakwon”, donde pruebo unos fideos negros y fríos llamados naengmyeon, un plato típico del país que me obliga a continuar mi visita, con cierta urgencia, en el baño del lugar. Allí sufro por primera vez el famoso hermetismo norcoreano: me quedo encerrado. Cuando consiguen liberarme, ya estoy recuperado de la indigestión, pero no hay tiempo para postre y debemos salir para la cancha.

El partido se disputará en el Estadio Reungrado Primero de Mayo, el más grande del mundo, con capacidad para 150 mil espectadores. Desde afuera tiene un aspecto de flanera gigante, con un techo plateado y curvo que tapa las tribunas y deja un hueco en el medio para

que el sol llegue al césped. Imagino que desde lo más alto los jugadores se verán como coloridas hormigas, pero por suerte mi ubicación es privilegiada, en una platea baja justo en el centro del campo.

No hay espacios libres, pese a que todavía estamos a una hora del comienzo. Empleados de la organización, muy amables pero imposibilitados por el gentío de acercarse hasta mi lugar, me arrojan un avioncito de papel, réplica a escala de un bombardero Harbin H-5, que no es otra cosa que la planilla con las formaciones escritas en Hangul, el alfabeto coreano. Quique me ayuda a descifrarlas. El primer equipo tiene un nombre largo, que menciona a la figura de la tarde -aprendí cómo se escribe mientras buscaba sus datos-.

– ¿Son los amigos de Pak Nam-choi? –le pregunto a mi acompañante.

– “Amigos, allegados y parientes”, es lo que dice el papel. Nunca fue un muchacho muy sociable. – me responde Quique, sonriendo.

– ¿Y el nombre del otro equipo?

– “Enemigos de Pak Nam-choi”. A los organizadores les pareció más atractivo armar el partido así, para motivar a los espectadores.

Y vaya si lo lograron. Más de un tercio del estadio está cubierto por la hinchada de los “enemigos”, que canta constantemente.

– ¿Qué dicen, Quique?

– Es difícil entenderlos, inclusive para mí. Todos fueron pacientes de Pak...

Empiezo a mirar con atención y compruebo, mientras entonan una canción con música muy parecida a la de “Atrévete a decírmelo” –la misma que en las canchas argentinas se escucha con una popular letra dedicada a All Boys– que ninguno reúne la dentadura completa, y comprendo la hostilidad hacia quien será ese día el centro de los flashes. Me resulta difícil no sentir empatía hacia ellos, porque yo

tampoco perdería la ocasión de repudiar al odontólogo que me obligó a usar aparatos de ortodoncia cuando era chico y me dejó un colmillo mal ubicado.

Quique repasa los nombres de los jugadores invitados y me aconseja apostar unos wons (moneda norcoreana) a favor de los “enemigos”, ya que el plantel le parece claramente superior. Le agradezco la sugerencia, pero le respondo que en este tipo de eventos siempre gana el agasajado. Insiste, argumentando que en el equipo de Pak son titulares un par de sobrinas del jugador, pero no logra convencerme.

A 30 minutos del horario fijado para el comienzo del partido, hay una fiesta inaugural. Proyectan un video en el que se ve a Pak Doo-ik pateando una pelota con su hijo cuando era pequeño, repiten varias veces los únicos dos goles que convirtió Pak Nam-choi en su carrera –uno es claramente en offside- y en las tribunas se forma un mosaico con el rostro del futbolista junto a un corazón. Todo termina con una suelta de palomas y un pequeño ensayo nuclear sobre el Océano Pacífico. “Más contradictorio es el capitalismo”, me dice Quique, observando mi rostro de estupor y adelantándose a cualquier comentario.

Finalmente, salen los equipos a la cancha y explota el estadio. No se trata de otra bomba de hidrógeno sino de la emoción de los hinchas. De un lado se ven pancartas con la imagen de Pak Doo-ik, y también alcanzo a divisar algunas fotos carnet de Pak Nam-choi. Del otro, gritan y escupen –no pueden evitarlo- los que quieren un final amargo para quien les arruinó la boca. No esperaba encontrar tanta pasión por el fútbol en Corea del Norte, y menos en un partido despedida.

Tras el puntapié inicial del Ministro de Deportes, Kim Il-guk, arranca el juego. Compruebo que el análisis de Quique tenía fundamento: los “enemigos”, de camiseta blanca con vivos azules, son claros dominadores. Pero mis suposiciones también eran acertadas,

y el árbitro les anula cuatro goles lícitos antes de los diez minutos, expulsando además a sus tres mejores jugadores.

-Si algo similar pasara en la Argentina ya estarían tirando de todo a la cancha – le comento a mi asistente.

-Nuestro ‘presidente eterno’, Kim Il-sung, decía que las piedras deben ser usadas para construir, no para destruir. Fue su opinión después de que un ladrillo le partió la cabeza a un juez de línea en un clásico entre 25 de abril y Kigwancha, en 1973. Desde ese momento, la frase forma parte de nuestra filosofía Juche. Y Pyongyang se llenó de edificios – responde Quique.

Once contra ocho, el encuentro se pone más parejo. A diferencia de un partido despedida tradicional, a Pak Nam-choi, vestido con la camiseta roja de la selección al igual que sus “amigos, allegados y parientes”, no le dan libertades para que convierta los goles que quiera, sino que le hacen marca personal. No lo amerita por sus condiciones futbolísticas, pero sus rivales lo odian con fervor. Entre los adversarios que quedan en el campo, me explica Quique, hay excompañeros de Pak en diferentes clubes que consideran que sus carreras se vieron postergadas por un “portador de apellido”, y también un par de profesores de la Facultad de Odontología, decepcionados tras haber descubierto que su famoso alumno se macheteaba en los exámenes. Para colmo, buena parte del estadio lo abuchea cada vez que toca la pelota.

La primera mitad termina sin goles, y el entretiempo se anima con la presencia de un grupo musical femenino, la “Moranbong Band”. Sinceramente, prefiero a las sobrinas de Pak, sobre todo a la que jugó con el número 10, muy habilidosa, confirmando el gran nivel del fútbol femenino juvenil de Corea del Norte. Pero hay que admitir que las canciones llevan calma y alegría a las tribunas después de 45 minutos bastante caldeados. El propio Quique las canta de principio a fin, y confiesa con cierta timidez estar enamorado de tres

de las cinco muchachas de la banda.

La tranquilidad dura poco, y la segunda etapa arranca con una nueva polémica. Van apenas tres minutos cuando el árbitro sanciona un penal a favor del equipo de Pak Nam-choi. La falta, que para mí no existió, ocurrió un par de metros afuera del área. El supuesto infractor, uno de los antiguos maestros de Pak, hace señas dibujando en el aire un cuadrado con sus manos.

– ¿Pide el VAR? – le pregunto a Quique, suponiendo que quiere que revisen la acción a través de la tecnología.

– No –me responde sin abandonar su tono didáctico-. Acá esa seña quiere decir “te vas a ir cortado en pedacitos adentro de una caja, pedazo de hijo de puta”. La hizo por primera vez nuestro ‘amado líder’ Kim Jong-il durante unas conversaciones de paz en 1998 con los vecinos del sur, las cuales, desde luego, no llegaron a buen puerto. El árbitro sabe el significado y por eso está sacando la tarjeta roja. . .

Efectivamente, los “enemigos” se quedan con 7 y el equipo del homenajeado tiene la gran chance de abrir el marcador. Como es lógico, el propio Pak se encarga de ejecutar el penal. Toma una larga carrera, pero el remate es débil y anunciado, y el arquero ataja sin dar rebote. El guardameta, que festeja efusivamente y recibe el abrazo de sus compañeros, es joven y no tiene rasgos asiáticos. Le pido a Quique que me traduzca el nombre de la planilla, aunque ya tengo una sospecha.

“Giancarlo Albertosi”, me dice. Como me imaginaba, se trata del nieto de Enrico Albertosi, el arquero de la selección de Italia en 1966, quien vino a Corea del Norte para vengar a su abuelo por aquella derrota que sumió en la vergüenza a la azzurra hace más de 50 años.

Empiezo a considerar seriamente si no habría que importar el modelo norcoreano de partidos despedida. Al espectáculo no le falta casi nada. Ayudaría que se dieran tres pases seguidos en algún momento, pero está claro que nadie fue a la cancha con la expectativa

de ver fútbol de alto vuelo.

Aún con cuatro jugadores más, el equipo de Pak llega poco al arco rival. Sus sobrinas están cansadas, sus amigos no son futbolistas sino un par de excompañeros de estudio con los que salía de noche, y el resto de la familia tampoco parece haber recibido nada de los genes del gran Pak Doo-ik. Quique me aclara que si esto termina 0 a 0 nos vamos a los penales. “Tiene que haber un ganador”, afirma.

Todo va a cambiar a 5 minutos para el final, cuando una mujer se acerca al borde del campo con un chico de alrededor de 10 años. Imagino que es un hijo de Pak Nam-choi que va a entrar para convertir el gol de la victoria y abrazarse con su padre, como solemos ver en esta clase de encuentros. Sin embargo, tiene la camiseta del equipo rival. La señora, que sin dudas es la madre del nene, se pone a gesticular y a gritar desaforadamente. Otra vez tengo que recurrir a Quique para que me aclare lo que pasa.

“Le está pidiendo que se haga un ADN y reconozca a la criatura. Que ya intentó por todos los medios, y que él no le dio otra opción que venir al estadio para que la situación se hiciera pública”, me explica.

Mientras Pak se toma la cabeza y se pone en cuclillas mirando el césped, el pibe, llamado Pak Junior-choi, entra con el número 16 en lugar del único profesor de odontología que quedaba en cancha. Y podemos decir que no hace falta ADN y que el chico es digno heredero de la figura emblemática del fútbol norcoreano.

“A veces el talento puede saltarse una generación”, me dice Quique. “Sin ir más lejos, el actual gobierno de Kim Jong-un es aún mejor de lo que fue el de su padre Kim Jong-il, hijo mayor del gran Kim Il-sung,”.

Apenas se mete en el campo, el nene pone de su lado a todos los hinchas a pura gambeta. Elude a cinco rivales esquivando patadas, también supera al arquero y define suave. La pelota se mete mansamente, mientras Pak Nam-choi se tira al piso sin llegar a sa-

carla. Al árbitro no le queda otra opción que convalidar el gol, e inmediatamente da por terminado el encuentro. El público celebra con un aullido ensordecedor.

Sus seis compañeros abrazan al chico y lo levantan en andas. Un hombre de uniforme militar, canoso y con gruesos anteojos, entra cargando un enorme trofeo. No es otro que Pak Doo-ik, quien recibe a pura sonrisa y con un tímido saludo con la mano derecha la ovación de los 150 mil espectadores. Le da la copa al pibe y le acaricia la cabeza. Enseguida, con paso lento, lo va a buscar a su hijo, quien quedó tirado adentro del arco después de su intento de evitar el gol, y tiene una larga charla con él. Lo que se dicen queda en familia.

Salgo del estadio con Quique, quien se ofrece gentilmente a llevarme en su auto, un plagio de Ami 8, rumbo al Aeropuerto de Sunan. Durante el trayecto, se muestra ilusionado con que la gloria mundialista vuelva a Corea del Norte, tal vez en 2030, de la mano del pequeño Pak Junior-choi. Yo, todavía sorprendido por lo que acabamos de vivir, le comento poco antes de embarcar que no esperaba un final tan aciago para el supuesto homenajeado. “Son tristes las despedidas”, me responde, y me da un abrazo antes de alejarse, con los ojos húmedos, pidiendo por favor que le consiga un autógrafo de Dapiaggi si lo veo.

De regreso a la Argentina, intento rastrear cómo siguió esta historia. No la de Quique Dapiaggi, de quien me entero, gracias al aporte de una compañera de redacción, que ahora vive en Miami. Cuentan las últimas ediciones de las revistas norcoreanas del deporte y del corazón que Pak Nam-choi decidió finalmente reconocer a su hijo, pero que a esa altura la madre ya se lo había llevado a las inferiores del Real Madrid. <

2114

Carlos Santos Sáez

>El primero fue desmantelado por una dictadura para construir un supermercado francés. El segundo fue en el exilio. Se compuso una leyenda del regreso, y se celebró la demolición de aquella tienda, en una jornada comparable a la caída del muro de Berlín. Vinieron días felices pero difíciles en Tierra Santa. El clan de la mitad más uno, eternizado en el poder, quiso hacer desaparecer lo que no podía vencer, y destruyó el tercero. En ligas amateurs, en potreros del suburbio, la pasión siguió intacta. La Gloriosa Fahrenheit 451, reunida en la clandestinidad, salvó la memoria: cada hinchas es un cantito y una formación. Hoy, en el centenario de la primera Libertadores, inauguramos el cuarto Gasómetro. <

Once Perros

Alejandro Noguera

> Era el primer entrenamiento después de la derrota del domingo. Era una fría mañana de junio. Habíamos llegado temprano y nos cambiamos en silencio. El miedo y la ansiedad embadurnaban las paredes del vestuario desde hacía largos meses. Cansados de hacer cuentas, de hinchar por equipos insólitos y de gritar más goles ajenos que propios, lo único que nos quedaba era una certeza. Sabíamos que, en la última fecha, debíamos ganar sí o sí para quedarnos en primera. Cuando nos dirigimos a la cancha auxiliar, vimos, a través del alambrado, colgados del travesaño, alineados prolijamente, once perros. Muertos es un decir elegante. Destripados, criminalmente masacrados, asesinados bajo un sufrimiento espantoso. Los habían atado con una soga gruesa del cuello. Las vísceras caían de sus panzas abiertas y alimentaban un lago de sangre espesa, que se expandía sobre la línea de cal. El rostro sin vida de los animales, sus ojos vacíos, sus lenguas colgando, eran espeluznantes. Sostenido por los postes del alambrado, un enorme pasacalle decoraba la escena. Decía, con austeros trazos negros,

“GANEN EL DOMINGO O HACÍ TERMINAN”

Nos quedamos en silencio, observando el cuadro, intentando comprender qué era lo que ocurría.

—Va a ser una semana difícil— comentó el Chino.

Luego, con una mirada, intentó transmitir tranquilidad a los pálidos rostros de los jugadores más jóvenes.

La noticia tuvo impacto de inmediato. Los celulares de todos empezaron a sonar. Vinieron policías, autoridades de la seguridad provincial, fiscales y comedidos varios. A los habituales cobertores periodísticos, se fueron sumando diversos medios nacionales, ansiosos de polémica y morbo. Las fotos y los videos comenzaron a circular. Cerca del mediodía, cuando terminamos el turno de entrenamiento, el predio estaba invadido. El presidente, empapado en sudor, hacía malabares retóricos, en cada nota, para explicar cómo una, o más personas, habían ingresado al predio de entrenamiento del club, sin ser socios ni recibir ayuda interna, y se las habían ingeniado para realizar la cruel amenaza. En el televisor que había en el vestuario, veíamos su expresión deformada, sus labios torcidos por el pánico, sus ojos extraviados se escapaban a través de la pantalla. El silencio, ante los balbuceos inconsistentes de nuestra máxima autoridad, se fue haciendo atroz.

Estuvimos un rato callados. Nos mirábamos a los ojos entre nosotros. Intentábamos buscar en el otro un semblante que nos tranquilizara. El Chino, otra vez, atravesó con palabras la densidad del silencio.

—Che, ¿qué mierda vamos a hacer nosotros? Nosotros los de acá adentro, eh, no me interesan ni los dirigentes, ni la barra ni nadie. Nosotros, ¿qué mierda vamos a hacer?

Se inició una larga conversación sobre qué hacer. Cada uno, o al menos los de mayor ascendencia, dimos nuestra opinión. La conclusión fue clara: que las autoridades se encarguen del asunto, nosotros entrenaríamos. Pase lo que pase, el domingo había que ganar. Esta sólo sería una prueba más que debíamos sobrellevar ese complicado año, otro escollo que dejaría evidenciar la entereza del grupo y el compromiso del plantel con la situación del club.

—Esto se sabía— comentó el Colo, después de ducharse.

Carlos “Colorado” Giménez jugaba en el club desde hacía do-

ce años. Había sido participe del ascenso a Primera, el tan recordado Campeonato y, también, de aquella histórica semifinal de la Libertadores, perdida por penales frente a los brasileros. Era el capitán, una voz autorizada en el vestuario y el referente en el que se apoyaban tanto los jóvenes como los recién llegados.

—Habíamos agarrado una buena- continuó- todos mordieron de lo lindo. Pero, de a poco, volvimos a la normalidad. A los muchachos se les fue cortando el chorro, es así, y no se van a bancar más.

—Pero esto que te quede claro que los dirigentes están metidos —lo interrumpió Gaby— que a ellos también se les corta si descendemos.

—¿Y qué me decís del empresario este que trajo como diez jugadores?— agregó el Aspirina—. Ese también esta re cagado, si nos vamos, se le desvalorizan todos.

—Pero mirá que se le van a desvalorizar estos negros —acotó el Rulo, mientras señalaba a los dos congoleños, que habían llegado en el verano y no hablaban una palabra de español.

—Yo no entiendo si lo que piensan es que vamos a jugar mejor con esas amenazas —dijo el Chino— mira el cagazo que tienen estos pibes — indicó con la cabeza a Chávez, uno de los primeros contratos, que había cambiado su tez trigueña habitual por un blanco leche - la verdad no entiendo... .

—¿Por qué no lo llamás a Sopapa?— le dijo el Rulo a González- ¿no tenés el teléfono?

—Sí, pero no contesta, voy a probar de nuevo.

El presidente ingresó al vestuario con el rostro desfigurado por la presión. De cerca, podía verse al detalle el sudor que perlaba su frente, sus pocos pelos despeinados, su camisa empapada de temores.

—Estos tipos son una lacra, preguntan cada cosa- dijo, visiblemente enojado- no vienen nunca acá, no saben cómo funciona el club... .

Después, nos miró a todos, con ojos aplacados. En su mirada,

intentaba translucir una bonhomía que nosotros sabíamos inexistente.

–Muchachos quiero que estén tranquilos, que no va a pasar nada.

Todos lo miramos con cierto descrédito, aunque intentando demostrar algo de congoja; de todos modos, ninguno sabía cómo, con precisión, reaccionar ante esa situación.

–Miren, nosotros hablamos con Sopapa y con el Urraca para que cuelguen una bandera de apoyo. Pero recién hablé con Sopapa y me dijo que lo mandó al pelotudo del primo, que entendió todo para la mierda. Parece que es medio enfermito, el pibe...

–Mire, doctor– lo interrumpió el Colo- esto no puede pasar, nosotros entendemos que los muchachos estén enojados, pero esto se fue de tema. Nos deja mal parados a todos.

–Claro –prosiguió el Chino– si hubiesen puesto una bandera que diga, ponele, “Ganen el domingo o se pudre en serio”, como pasa en otros clubes, bueno, no pasa nada, pero esto...

Todos asentimos con solemnidad a las palabras de nuestros referentes.

–Bueno, yo les pido disculpas, pero la cagada ya está hecha y tenemos que poner el pecho todos- respondió el presidente- esto es lo que va a pasar. Los muchachos quieren invitarlos a un asado el jueves. Me dijeron que era en muestra de apoyo, si podían ir algunos de ustedes. Ustedes van, comen con ellos, se sacan un par de fotos y dicen que la hinchada apoya en las buenas y en las malas y toda esa sarta de pelotudeces que siempre se dicen.

–Es decir, prendemos la máquina de humo– comentó el Chino.

El Colo sonrió, mientras asentía con la cabeza.

–Bueno, voy a ir yo, para hablar. Vos, Chino, venís conmigo. Gaby y Hernán, también.

–Ah, eso sí– acotó el presidente, antes de retirarse– lleven un par de camisetas, así los muchachos bancan los gastos.

Al día siguiente, en el Salón del Hinchas -un galpón con banderas y un par de cuadros con la foto de viejas glorias- Sopapa, un hombre grueso, bien vestido y de impecables modales, nos recibió con los brazos abiertos. El Urraca, un flaco negro y canoso, estaba parado a su lado. La banda organizaba los bombos, las trompetas y la disposición de la orquesta; los trapos con los colores del club se desplegaban a lo largo y a lo ancho de cada una de las cuatro paredes. A pesar de la situación, todo era algarabía. Había risas, gritos, niños corriendo por todos lados, efusivos abrazos entre los presentes, como si no se vieran hace mucho. Mujeres, ancianos, jóvenes, adultos, familias enteras se sentaban a las mesas, sonrientes, plenos, con cierto orgullo que les llenaba el pecho. Todos ellos eran eso, esos colores, esas canciones, ese escudo. Eso, esa sensación, les pertenecía y la sensación era dueña de ellos. Eso era ser hinchas de este club. De todos los clubes. Esa tranquilidad cálida en el cuerpo, ese pertenecer a algo que es más grande que uno. Un lugar donde ser felices por un rato. Después de una breve sinfonía de canciones y gritos de aliento, nos acomodamos en la mesa principal, con Sopapa de un lado y Urraca del otro; chicos -y no tanto- sonrientes se acercaban para sacarse fotos con ellos y con nosotros. Sopapa hizo un gesto, como si llamara a alguien. Reconocí a los dos jóvenes periodistas que se acercaron. Eran habituales cronistas de nuestros entrenamientos y partidos; uno de ellos portaba una cámara fotográfica. Nos saludamos con un beso y nos tratamos con la cordialidad de costumbre. Sonrientes y dispuestos, se quedaron esperando indicaciones.

—Vení, sácanos una foto— Sopapa se paró detrás de nosotros junto con Urraca y otros miembros de la hinchada- poné mañana en el diario: “Hinchas se juntaron para darle apoyo a los jugadores”.

El periodista garabateó algo en una libreta.

—Quedate tranquilo que yo lo mando.

Después de un rato, comenzamos a comer y el bullicio se aplacó.

—Muchachos, quería decirles— Sopapa nos miró con un semblante serio- quédense tranquilos que estamos con ustedes. Lo que pasó el otro día fue un malentendido. Tienen todo nuestro apoyo para el domingo.

—Sí, ya sabemos- respondió el Colo, mientras masticaba un pedazo de vacío— pero se fueron a la mierda. Nosotros entendemos la bronca de ustedes, estamos igual de calientes con la situación, pero esto es mucho...

Sopapa sonrió, magnánimo.

—Mirá, a nosotros tampoco nos conviene el quilombo, si somos a los primeros que vienen a buscar.

—Pero tampoco nos conviene el descenso- interrumpió el Urraca.

—A nadie le conviene- le replicó el Chino, un poco molesto - ¿o te pensás que a nosotros nos da lo mismo?

Sopapa lo miró a Urraca, con un gesto que indicaba calma.

—Miren, a ninguno, ni a ustedes ni a nosotros, nos conviene el descenso ni el quilombo. Pero hay una realidad- Sopapa hizo una pausa, como si buscara las palabras adecuadas- ustedes, o muchos de ustedes, si el equipo descende pueden irse a otro club y seguir jugando en Primera, salir campeones, jugar la copa y todo eso. Pero nosotros no, nosotros vamos a seguir acá.

Luego, un silencio invadió la mesa; el sabor de la carne, que unos segundos antes era jugoso, de pronto se volvió agrio. Los cuatro nos miramos de reojo, como si entendiéramos lo que el otro estaba pensando. Sopapa nos sonrió.

—Tranquilo, muchachos, confiamos en ustedes.

Una vez dicho esto, se paró y realizó un gesto a la orquesta. Trompetas y bombos comenzaron a sonar; Sopapa empezó a cantar

y a aplaudir, de inmediato lo siguieron todos los hinchas presentes. El Salón entero, a voz en cuello, se unió bajo una única consigna:

“Que el domingo, cueste lo que cueste, el domingo tenemos que ganar...”

Una gota fría me recorrió la sien.

El domingo por la tarde, con la tribuna colmada de socios con cuota al día y con un operativo de 1200 policías, ganamos 3 a 2, en un partido durísimo. El marcador se torció a nuestro favor con un penal –dudoso, muy dudoso- que el árbitro cobró faltando pocos minutos. Sufriendo, al borde del colapso, así mantuvimos la categoría. Cuando el referí decretó el final, pulverizando una temporada de sinsabores y angustias, la cancha explotó en una fiesta desatada y demencial, con todos los hinchas gritando y cantando, agitando los brazos, cruzando cualquier límite de cordura.

En el vestuario, todo era algarabía. En calzoncillos, cubiertos de sudor, de lágrimas, rodeados por el vapor de las duchas, gritábamos y nos abrazábamos como niños. El presidente nos felicitaba emocionado, el técnico lloraba sentado a un costado y nosotros cantábamos, exultantes:

“...es de Primera y de Primera no se va”.

En eso, Sopapa y el Urraca ingresaron al vestuario con dos hinchas más, el Gordo Pégola y el Tano. Los cuatro sonreían, se los veía regocijados, anchos de felicidad. Fueron estrechando abrazos con el presidente, el Colo, el Chino, con todos y cada uno de nosotros, incluso con alguno de los periodistas que se encontraban allí.

–Qué grande, muchachos, menos mal– gritó Sopapa– igual, ¿hubo que adornar al árbitro, también?

El presidente sonrió.

–No, el penal lo cobró del cagazo que tenía. Si descendíamos, no salía nadie de la cancha.

—No sabés como estaba la gente- comentó el Urraca- se fue cantando, feliz, le dieron una alegría.

—Y a nosotros también- le respondió el Colo- nosotros también necesitábamos esta alegría.

Un periodista lo llamó aparte al Colo, para hacerle una nota.

—¿Qué se siente en este momento?- le preguntó.

—Es una felicidad enorme, este grupo luchó contra todo y merecía esto.

—Los hinchas terminaron aplaudiéndolos, agradecidos.

—Sí, esta es una hinchada muy fiel, muy seguidora, que siempre nos alienta y está con nosotros.

—Quedó atrás la semana, que fue complicada, ahora a festejar.

—Sí, sí, ahora a festejar, a descansar y pensar en lo que viene, que va a ser muy duro también.

Mientras, los cuatro hinchas seguían hablando con el presidente y con el Chino.

—Al final, lo putearon al Maxi, pero sirvió de algo lo que hizo.

—Sí, sí— asintió el presidente— creo que algunos jugadores entendieron lo que se estaban jugando. Tomaron consciencia de la situación cuando vieron a los perros.

—Es cierto, un poco capaz que sirvió- agregó el Chino.

—Igual, se fuearon a la mierda —acoté yo— los pobres perros no tenían nada que ver. La próxima pongan una bandera que diga “Mercenarios, cagones” o algo así, y no hacen sufrir a ningún animal.

Sopapa largó una carcajada y el resto acompañó. Por una claraboya, ingresaba el resplandor naranja del atardecer. Para el sol, era un domingo como cualquier otro.<

Joel Nicolás

Oswaldo Bordone

>Joel Nicolás, pelo negro, cara sucia, ojos tristes. Flaco y panzón, demasiado pan.

Olor a humo y charco. Edad diez años. Vividos más, mucha calle.

Pierna zurda creativa, con bolso desteñido y zapatillas rotas camina por calle de tierra a la práctica. Veinticinco cuadras, ilusión de triunfo, esperanzas de futuro, sueño compartido con técnicos y buscadores de talentos.

Joel Nicolás, una década después, tapa de diarios: estrella del fútbol, figura popular, novela triste con final feliz que arranca lágrimas en las señoras de barrio, o víctima del gatillo fácil: “final lógico y razonable para un tipo marginal que ya no se podía recuperar”.<

El Loco Polusso

Fernando Pachiani

> Nos habíamos comprometido a no hacerle tocar la pelota. Tenía sí o sí que pasar desapercibido. Solo figurar, un número, uno más en la cancha. Para eso, era fundamental que cada uno estuviera concentrado los 90 minutos y cumplir con el rol que tenía asignado en el partido. “Equipo solidario, quiero, equipo solidario” – repetía nuestro capitán durante la arenga que habíamos tenido en el vestuario del estadio de la Liga.

Por eso, cuando le cayó la pelota en los pies faltando un minuto, con el partido empatado 0 a 0 y haciendo alarde de su extraordinaria velocidad, encaró directamente para el arco, nos paralizamos todos. La inmovilidad de nuestras piernas contrastaba con el serpen-teo que le imprimía a las suyas para esquivar a uno y a otro. Las dos hinchadas se levantaron en las tribunas. El estadio completo enmudeció. Llevaba la pelota como atada a sus pies, a la carrera, con la cabeza gacha que de tanto en tanto levantaba y dejaba entrever unos desorbitados ojos celestes y una sonrisa inmensa, plena de felicidad.

Al verlo pisar el área, el arquero bajaba y subía los brazos desesperadamente intentando frenar la ejecución a la que estaba expuesto. Sus gestos, poco ortodoxos, distaban mucho de lo que un arquero debía hacer para tapar un mano a mano. Algunos de nuestros jugadores se agarraban la cabeza mientras otros miraban al cielo como implorando un milagro.

Un instante después de entrar en el área grande, con ángulo

de tiro y ya perfilado, vimos como el balón se desprendía de su botín zurdo con un inexorable destino de red.

Para este partido final nos habíamos preparado con todo, superando con sacrificio y voluntad todas y cada una de las adversidades propias de un pueblerino equipo de fútbol. Jugadores que no asisten a las prácticas porque no obtuvieron permiso en el trabajo, lesiones que duran más de lo habitual o inconvenientes para entrenar en la cancha a raíz de las inundaciones.

Estos problemas nos habían diezmando. Llegamos a la final solo con once jugadores. Disputar semejante partido, sin suplentes, era un nuevo desafío que nuestro club debía afrontar. Pero éramos “Los Forzosos de Mercedes”, club social y deportivo fundado en 1910 y con algo más de cien años de historia estábamos por primera vez acariciando un campeonato de la liga local.

No obstante, a pesar de las bajas, manteníamos la columna vertebral del equipo. El Mono Arusta en el arco con sus casi dos metros de altura; en el fondo, nuestro capitán, el correntino Luna, un central grandote, morochón, que metía miedo. ¡Había que pasarlo al negro! Cada vez que iba a cabecear al área contraria, nos cobraban foul en ataque porque el correntino de atropellada nomás desparrramaba dos o tres jugadores.

En el medio un 5 de lujo, el rubio Goni, ¡ese sí que la pisaba y la tocaba lindo! Típico mediocampista de galera y bastón.

Después un poco más adelante el negro Barreda, un crack que manejaba los hilos del equipo, súper habilidoso que podía hacernos ganar un partido él solo y adelante el tanque Guerra, que con su sola presencia intimidaba a los defensores rivales; el semilla Pérez, un wing rapidito, de esos que tiran buenos centros a la carrera y yo, tirado a la izquierda completando los tres de arriba.

Nos hicimos cargo, no había otra y decidimos jugar los once titulares, sin recambio. Pero al poco tiempo, se nos vino el mundo

abajo. El negro Barreda, nuestro jugador estrella, ese 10 habilidoso y escurridizo como pocos, avisaba que por culpa de alguien al que se le enfermó no sabemos quién, no podía dejar la garita del ferrocarril en la que cumplía su tarea de guardabarrera.

Disputar una final tan importante sin suplentes ya era arriesgado, pero entrar a la cancha con uno menos, era como una afrenta a la historia del club.

A pesar de todo, mientras las tribunas de a poco se iban poblando, entramos caminando lento al vestuario y empezamos a cambiarnos. El clima no era el mejor, reinaba un silencio, una desazón que nos helaba la sangre. Sabíamos que teníamos que hacer honor a nuestro nombre y a la historia del club pero no podíamos tener tanta mala suerte. Nadie hablaba, todos esperábamos la arenga final del correntino que seguramente diría algo así como que hay meter, estar concentrados y ser un equipo solidario, eso solidario. Siempre decía lo mismo antes de empezar los partidos.

En eso estábamos cuando apareció Juan, el utilero, con la idea de incorporar al equipo al loco Polusso. Dijo que ya había hablado con el técnico y que sin decirle que sí, tampoco le había dicho que no. Los diez lo miramos fijamente como tratando de entender si se trataba de una joda para levantarnos el ánimo. Pero nos dimos cuenta que iba en serio, que reglamentariamente se podía y no sé qué más. De nuevo, el silencio cómplice invadió el lugar y luego, de a poco, fueron apareciendo tímidas muestras de aprobación.

En qué pueblo no vive un loco. Hay locos buenos, locos malos, locos lindos. Polusso era uno de estos últimos pero a su vez no era uno cualquiera. Era el hincha número uno de nuestro club. Andaba por las calles montado en su bicicleta siempre con la camiseta blanquinegra de Los Forzosos gritando a viva voz los goles del negro Barreda o las grandes atajadas del mono Arusta, dos de sus ídolos del club.

En los días de lluvia, estacionaba su bicicleta en el cordón de la vereda frente al único bar existente y se ponía a hacer jueguitos con la pelota en plena calle, mostrando una habilidad increíble con la zurda, la zurda que nunca llegó a ser. Luego de unos minutos, empapado se subía a la bicicleta y se alejaba gritando una hazaña goleadora de Los Forzosos que únicamente ocurría en su imaginación.

En otras ocasiones, se paraba en la vereda de la plaza, frente a la calle principal haciendo de nuevo jueguitos y cuando veía venir el colectivo de línea, le pegaba una bolea tremenda que el costado del micro le devolvía para que Polusso la matara de pecho y la guardara bajo su pie izquierdo.

Polusso, vivía solo, nunca nadie le conoció mujer o familia. Vendía rifas y con eso tiraba. La casa era un espectáculo aparte. Todo el frente estaba pintado con franjas blancas y negras y sobre una pared lateral estaban garabateadas las siluetas de un arquero al que “el loco” no se cansaba de patearle penales y un jugador con el 10 en la espalda, medio inclinado, pegándole con todo su empeine a un balón que vaya a saber qué destino tendría en la imaginación de quien era, en algunas ocasiones, el habilidoso 10 y en otras, el enorme guardameta.

Acá está – dijo el utilero. Polusso llevaba puesta la casaca 10 del club, pantalones cortos y unas descosidas alpargatas. Entonces el mono le prestó un par de botines que traía de más.

Loco – le dijo el técnico. Vos hacé lo que te digan los muchachos. Quedate por la mitad de la cancha – sabés – hacé bulto y nada más.

Pero el loco pareció no escuchar las indicaciones del DT, estaba obsesionado pasándole un trapo a los botines que se había calzado.

Luego vino la arenga del capitán y salimos a la cancha.

Los hinchas se miraban sorprendidos. ¿Qué hacía el loco Polusso entre los titulares? ¿Qué pasó con el negro Barreda? No había

tiempo para respuestas. El partido estaba por comenzar. Alguien se animó a decir que el loco no era tan grande de edad como aparentaba, que la movía bastante bien pero que en realidad nunca había jugado al fútbol y esa frustración lo había llevado a la locura.

Ese era el motivo por el cual nos habíamos comprometido a no hacerle tocar la pelota al loco. Podía salir con cualquiera. Sí o sí tenía que pasar desapercibido. Hasta que faltando un minuto para el final, tal vez por un mal rebote o vaya a saber, el loco agarró la pelota.

—Loco, tocála —le dijo el 5— devolvéla. Pasámela —loco— le gritó desesperado. Pero el loco no escuchaba, todo lo contrario, parecía estar solo, él, la pelota, una cancha, un partido como tantas veces soñó.

Y haciendo alarde de su extraordinaria velocidad encaró para el arco, ahí nos paralizamos. Lo que sigue ya lo sabemos, entró al área, se perfiló, y sacó un violento zurdazo con inexorable destino de red.

El mono Arusta voló estirando toda su humanidad. Exigió el brazo lo más que pudo pero le resultó imposible sacar la pelota que se clavó en el ángulo izquierdo. Fue un verdadero golazo.

El loco giraba, miraba todo a su alrededor y sonreía como si no comprendiera. Era el centro, al mismo tiempo, de los insultos de unos y los vítores de otros.

Entretanto de aquel lado del campo de juego, un puñado de jugadores de casacas rojas y azules se abrazaban festejando el gol del loco Polusso, la victoria y el campeonato.

En el arco

Diego Vannucchi

> Mientras aquel defensor del '78 acomodaba la pelota, el abogado Marini se ponía el buzo y los guantes del arquero expulsado. Parado sobre la línea de gol, pensó: "Va a la derecha".

El árbitro dio la orden. Él amagó a la izquierda y se tiró para el otro lado. Con la palma bien abierta pudo desviarla al córner.

Después del festejo, el otro se le acercó.

—Ya podés ir contando por ahí que le atajaste un penal a un campeón del mundo.

A los 48 años, Marini conoció la verdadera gloria. No la de contenerle un penal a un ex jugador profesional, sino la de haber encontrado su puesto en la cancha.<

Los cuentos

> El Edén de los campeonatos perdidos Facundo Báñez	5
> Formación Miriam Cabral	17
> El último partido Juan Umazano	25
> La fiera Gustavo Contreras León	35
> Al Ingeniero lo recuerdo así Fernando Kleiman	53
> El día que Lamberti chocó la calesita Pablo Olindo Díaz	61
> Loco, por vos Darío Di Toro	73
> La última noche en Lisboa Ezequiel Mandelbaum	83
> Son tristes las despedidas Joel Kotlar	97
> Once Perros Alejandro Noguera	107
> El Loco Polusso Fernando Pachiani	117

Los microcuentos

> Idolo Carlos Mayda	15
> Mala pata Sergio Agoff	23
> El grito José María Amulet	33
> El duelo Manu Mendiondo	51
> Corazón de potrero Roberto Díaz Chevallier	59
> No le dan pelota Diego Ianis	71
> Mi primera camiseta de fútbol Juan Antonio Kopinic	81
> Despelotados Gustavo Grosso	95
> 2114 Carlos Santos Sáez	105
> Joel Nicolás Osvaldo Bordone	115
> En el arco Diego Vannucchi	123

Jurado del 3º Concurso Nacional de
Cuentos y Microcuentos de Fútbol
Roberto Santoro

Ezequiel Fernández Moores

Ariel Scher

Gustavo Grabia

Eduardo Sacheri

Juan José Panno

ISBN 978-987-1367-75-7



9 789871 367757